



FBI



FR

Título del original, en inglés:
OPERATION PANDORA

© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Depósito Legal: M. 6.475-1967

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección U.S. MARSHAL:

Núm. 40.—Yuma prisión.

» 81.—Un «marshal» anda suelto.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 21.—Después de la traición.

» 31.—Noche de vida o muerte.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 186.—Cumple la sentencia.

» 197.—Una mancha sangrienta.

Colección F.B.I.:

Núm. 816.—La hora de los espías.

» 821.—Operación tinieblas.

» 825.—Jaque a la dama.

» 830.—Arsénico para el traidor.

Colección OESTE:

Núm. 225.—Fiero mestizo.

» 279.—Dos tumbas tejanas.

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 835.—Era hombre muerto.

» 844.—Un viaje al infierno.

Colección PANZER DIVISION:

Núm. 84.—Cerco de hierro.

» 90.—El odio por bandera.

Colección PATRULLA DE COMBATE:

Núm. 196.—...Y nunca mueren.

» 213.—La muerte, esa desconocida.

I

EL hombre pareció volver a la realidad y miró al muchachito uniformado que estaba en clara actitud de espera.

—¿Decías algo, chico? —inquirió aquel hombre.

—Sólo que si desea algo más, señor.

—No, no... Gracias. Eh, espera.

El hombre introdujo la diestra en el bolsillo del pantalón y extrajo un par de billetes de a dólar, que tendió al muchacho. A cambio, obtuvo una blanca y luminosa sonrisa. Luego, el botones del hotel se marchó, dejándole solo en la «*suite*».

Distraídamente, aquel hombre tomó su maleta y dio unos pasos, dejándola sobre el lecho. Luego, caminó hacia el amplio ventanal de la «*suite*», extrayendo un paquete de cigarrillos; tomó uno y lo encendió. Se dedicó a fumar, mientras echaba un vistazo a cuanto abarcaba su vista desde el ventanal.

Aquello era Mayagüez, en Puerto Rico. Un lugar blanco, luminoso, por lo menos allí donde daba el sol. Veía la avenida del Once de Diciembre con palmeras a ambos lados, dobladas por un viento caliente; veía el sucio puerto, como todos; veía, a lo lejos, la playa, de arena dorada y olas que rompían en un color milagrosamente blanco y brillante. Una calzada surcada por coches grandes, viejos en su mayoría, muy ruidosos. Miró hacia el Este y se estremeció; hacia el Este estaba el aeropuerto de Mayagüez, en el cual había aterrizado cosa de una hora antes, procedente de San Juan. Bien..., ya era suerte estar allí, en Mayagüez, en el hotel «Buenas». Creyó que jamás el viejo avión civil atravesaría los picos del centro de la isla. Pero allí estaba, intacto.

Intacto, pero empapado en sudor. Notaba sus blancas y frescas ropas pegadas a la piel; resultaba un contacto ciertamente molesto, pero que podía solucionarse, y rápidamente además. Cuestión de

diez minutos bajo un chorro de agua fresca.

Se quitó el sombrero y lo tiró hacia el lecho, junto a la maleta. Se aflojó el nudo de la corbata y se quitó la chaqueta, que fue a parar junto al sombrero. Se dedicó a terminar el cigarrillo, siempre mirando por el ventanal, pero sin ver ya lo que le rodeaba.

Terminó el cigarrillo y lo aplastó contra el cenicero que había sobre una mesita de centro, situada entre dos sillones, frente al ventanal. Tocaba ya la ducha.

Bernardo Utilas era un tipo de poco menos de cuarenta años; moreno, con un frondoso bigote negro. Su cabellera era larga, ondulada, muy negra, al igual que los ojos. Resultaba bastante grueso y llevaba barba de un par de días. Había algo de amorfo en Bernardo Utilas; resultaba completamente vulgar. Podía ser un comerciante; un representante de calcetines anti sudor; algo así.

Sin embargo, su actitud cautelosa resultaba un tanto extraña. Mientras se quitaba la camisa, miró por el ventanal hacia la calle, atentamente; escuchó luego a través de la puerta, por si había movimiento en el pasillo al que daba su «suite».

Parecía completamente tranquilizado cuando volvió junto a la maleta, ya desnudo el torso.

Abrió la maleta.

Bernardo Utilas empezó a palidecer; su rostro algo grueso empezó a adquirir el color de la tierra. Eso, mientras sus pupilas dilatadas por el asombro, la estupefacción, contemplaban aquel equipaje. Segundos más tarde, el sudor arreciaba con fuerza en todo el cuerpo de Utilas. Nacía en la frente y se contagiaba a cualquier poro de su cuerpo rechoncho.

De súbito, nerviosamente, empezó a manosear todo el equipaje que había ante su vista. Lo revolvió todo, lo estrujó; tiró prendas al suelo. Jadeando, como acorralado... Incrédulo, desencajado el rostro.

No entendía una palabra... Allí sólo había extrañas camisas; muy modernas quizá, pero escandalosas, absurdas, estúpidas; tres pares de pantalones; y zapatos... Un vestuario de... Eh, ¿qué era aquello?

Eran revistas; había tres o cuatro, manoseadas ya; un tanto antiguas. La más moderna correspondía a septiembre de 1966, según indicaba la portada, Eran ejemplares de la revista «Play-Boy»,

editada en U.S.A. Quizá tontamente, aquello le tranquilizó un poco. Estaba claro que el verdadero propietario de aquella maleta era un «*play-boy*»; debía haberlo deducido ya, por el vestuario; por las llamativas camisas, espléndidas, sin embargo; por aquellos raros pantalones de bajos acampanados, por los zapatos con correa y hebilla...

Casualmente, o quizá por vicio de posición, una de las revistas se había abierto, y allí estaba la explicación: el tipo que estaba anunciando la marca de camisas, fotografiado en la revista, era uno de los pasajeros que había volado junto a él en el trayecto San Juan-Mayagüez. Bien..., no podía estar más claro: el propietario de la maleta era el imbécil «*play-boy*» que había confundido los equipajes.

Era un alivio, sin embargo. Hubiera podido ocurrir algo infinitamente peor.

Arrebió su transpiración al pensarlo.

Echó un vistazo a la maleta y vio el rótulo pegado: pertenecía a un tal Bob Thorne. El «*play-boy*», claro. Éste, por lo visto, había realizado su viaje por medio de una agencia turística, y según indicaba el rótulo se alojaba en el hotel «Las Marías». Bien...

Bernardo Utillas cerró los ojos un instante.

Tenía que serenarse. No iba a ocurrir nada, pese a aquella estúpida confusión. Por lo pronto, no obstante, tenía que darse prisa en recuperar su propio equipaje. Abrió los ojos; quizá también por vicio de posición, otra de las revistas se había abierto por las páginas centrales, y mostraba la fotografía, muy real, de una tal «*Miss Septiembre*». Vaya...

Lo mismo hubiesen podido nombrarla «*Miss Eternidad*». Diablos...

Utillas se dedicó a recoger todo lo que había maltratado en sus momentos de desconcierto, y procuró colocar las prendas de modo que no se notase demasiado que todo había sido alterado allí. Cerró luego la maleta, y, maldiciendo, aún corriendo el sudor a chorro por su cuerpo, tuvo que empezar a vestirse. Recuperar su maleta era algo urgente; no admitía la menor demora.

Se estaba anudando la corbata, cuando sonó el teléfono.

Miró al aparato.

¿Ya? ¿Tan pronto?

Fue hacia la mesita de noche y descolgó.

—Uttillas —murmuró apagadamente.

—¿Todo bien? ¿Buen viaje?

—Sí...

—¿Ocurre algo? ¿Por qué esa vacilación?

—No tiene importancia. Se trata de..., de una confusión.

—Está bien, no perdamos tiempo. Dentro de cinco minutos recibirá una visita. Ya sabe lo que debe entregar. Será un contacto rápido, fugaz. Y siga ahí; no se mueva del hotel. Posiblemente esta misma noche ampliemos te conversación, de un modo personal. En todo caso, tendrá instrucciones precisas en todo momento.

Uttillas se pasó la manga de la camisa por la frente.

—Espere aún...—murmuró—. Deme media hora de tiempo antes de enviar a su enlace...

Hubo un silencio al otro lado del hilo.

—No entiendo esa petición, Uttillas —se oyó luego.

—Está bien, diré la verdad: alguien confundió mi maleta por la suya en el aeropuerto. ¿Comprende ahora? Pero no se alarme... Tengo la identificación y señas del tipo; de ese estúpido. Se trata de un «*play-boy*»; me gustaría que le viera el equipaje. Es un tipo que se dedica a filmar anuncios publicitarios, por lo que he visto. Sé dónde se aloja, y es cuestión de media hora realizar el cambio. El hotel «Las Marías» no está lejos de aquí. No hay motivos para asustarse.

Silencio.

—¿No ha oído? —inquirió, nervioso, Uttillas.

—¿Está seguro de lo que dice, Uttillas?

—Por completo.

—Realice ese cambio; cuenta con treinta minutos de tiempo. Ni uno más.

—Es suficiente. Y repito que no debe alarmarse...

—Basta ya, Uttillas. Hablar ahora es perder el tiempo. Cuelgo.

Y se oyó el sonido metálico que dejaba a Uttillas sin interlocutor.

Colgó a su vez, muy nervioso, y terminó de vestirse. Tomó la maleta del «*play-boy*» y abandonó la «*suite*». Estaba verdaderamente furioso. Si algo le disgustaba de verdad, ese algo era sudar como un cerdo; ni más ni menos lo que le ocurría en aquellos momentos cuando, sin paciencia para aguardar el ascensor,

bajó a pie, casi corriendo, hacia el vestíbulo.

—Aquí es, señor.

—Gracias.

El botones del hotel «Las Marías» se alejaba, cuando Utillas llamó a la puerta de la «suite». Aquel hotel era algo superior en categoría al «Buenas», lo cual daba a Utillas una ligera idea de cómo podía vivir uno de aquellos «play-boys». El hotel «Las Marías» tenía vistas a Punta Hormigueros, la playa de moda de Puerto Rico. Y allí todo era paz, amplitud, lujo, un calor moderado por acondicionadores de aire; jardín tropical en las terrazas...

Interrumpió sus pensamientos cuando se abrió la puerta de la «suite» y asomó un rostro.

Sí..., era él, aquel imbécil que había estado a punto de complicar de verdad las cosas. Era el mismo tipo de las fotos publicitarias, el tipo que en el avión vestía traje blanco, con chaqueta cruzada, de largos cortes a los lados y botones dorados; con los pantalones de ancho de campana; el tipo guapo, de ojos grises y cabello cobrizo, que en aquellos momentos le miraba amablemente, con una sonrisa en aquella boca algo alargada, varonil. Un guapo de oficio, claro...

—¿Es usted Thorne? —inquirió Utillas, de mal talante.

—Sí...

—Se confundió de maleta en el aeropuerto —gruñó Utillas—. Ésta es la suya.

Bob Thorne parpadeó, asombrado.

—Caramba... ¿Cómo es posible? —musitó—. Pase, por favor...

Utillas se sintió bastante mejor aún. Todo indicaba que Thorne ni siquiera había descubierto la confusión.

—No perdamos tiempo —dijo—. Entrégueme mi maleta.

—Le ruego que pase. Yo... no sé cómo excusar mi torpeza. Lo siento infinitamente, señor... Le ruego que entre. Usted necesita un poco de algo fresco, y debe permitirme que...

—Bueno, bueno...—gruñó Utillas, para ganar tiempo.

Bob Thorne se hizo a un lado, dejando paso a Utillas. Luego, Utillas siguió al otro hacia el interior de la «suite». Lo primero que buscó la mirada de Utillas fue su maleta, que estaba descansando, cerrada, al parecer intacta, olvidada, en un rincón de aquella

habitación formidable; con persianas graduables, aire acondicionado, terraza, sillones de lujo, mueble-bar... Estaba claro que lo primero que había hecho el «*play-boy*» había sido aprovisionarse de *whisky* y hielo. Había sobre la mesita de centro un vaso largo, con unos cubitos y algo de *whisky*; un cigarrillo humeaba en el cenicero.

En cuanto a Thorne, se mantenía fresco, sin una gota de sudor en su rostro; ni señal. Claro, el aire acondicionado... No había como nacer guapo..., aunque, bien mirado, el tal Thorne no era lo que se dice un tipo guapo; más bien... varonil. Un tipo con la virilidad asomando a raudales en cada rasgo; en cada movimiento; incluso en su sonrisa de disculpa.

Le estaba preparando un *whisky* al impaciente Uillas.

—Beba un poco. Y tranquilícese. Pudo llamar por teléfono en lugar de molestarse.

—Se trata de cuestión de tiempo —dijo Uillas, tomando el vaso. Lo bebió de un trago.

—Gracias —dijo—. Supongo que puedo recoger mi maleta.

—Por supuesto...

—Diga, ¿la ha abierto?

—No... No pensaba cambiarme aún.

Uillas caminó hacia el rincón donde estaba su maleta, casi idéntica a la del «*play-boy*». La tomó, empuñándola fuertemente. Por fortuna, todo había salido bien. Miró el reloj. Sólo hacía diez minutos que había salido de su hotel, y bien podía perder un poco de tiempo; le convenía disipar cualquier sospecha que pudiera sentir aquel Thorne.

Incluso sonrió, y dijo:

—Comprendo que mi actitud no le parezca muy correcta, señor Thorne —dijo—. Lo cierto es que estoy muy nervioso. ¿Usted es casado?

—No...

—Yo seré uno de esos dentro de...—miró de nuevo el reloj —una hora. ¿Comprende? A las cinco en punto me caso. He pasado un mal rato creyendo que mi maleta estaba extraviada.

Bob Thorne sonreía, leve, cortésmente.

—Permítame darle mi enhorabuena, señor —dijo—. Por lo demás, comprendo perfectamente sus apuros. ¿Otro *whisky*? Tengo

entendido que conviene asistir a la propia boda con un poco de optimismo.

—Sólo otro —suspiró Utilas.

—No se lo tome por lo trágico —rió discretamente Bob Thorne.

Preparó más *whisky*, y Utilas bebió un poco más, despacio, saboreándolo, refrescándose la boca, que había estado muy seca hasta entonces. Bueno, y hasta resultaba que el «*play-boy*» era un chico amable, educado. Es claro que en algo debía radicar el éxito de aquella clase de tipos; un voceras cualquiera no alcanza lo que, estaba a la vista, había alcanzado Thorne.

—Creo que debo marcharme ya. Discúlpeme —dijo Utilas.

—Por favor... Y repito: felicidades.

—Gracias.

Utilas, con la maleta en la mano, se lanzó hacia la salida de la «*suite*», seguido de Thorne, quien le abrió la puerta y se excusó una vez más por su torpeza. Segundos más tarde, Thorne estaba solo en la «*suite*». Inmediatamente, se borró su sonrisa de chico amable, para dejar paso a una expresión por completo fría e inexpresiva. Miró el reloj, y una gota de sudor apuntó en su frente. Había tenido suerte.

Había sido un trabajo ultrarrápido; cuestión de diez minutos.

Se dirigió hacia el cuarto de baño; allí, junto al lavabo, oculta de un modo un tanto precario, precipitadamente, estaba su cámara, con la carga íntegramente gastada con el contenido de la maleta de Bernardo Utilas.

Extrajo el rollo, en microfilm, y lo guardó en un bolsillo del pantalón. Luego, guardó la cámara en el doble fondo del estuche de afeitar, que llevaba en un pequeño maletín. Con un trozo de papel negro envolvió el microfilm y lo dejó debajo del pie hueco de la lámpara de la mesita de noche. Luego, tomó su maleta, la dejó sobre la cama y la abrió. Era muy fácil observar que todo su vestuario había sido tratado bastante mal; con rabia. Se encogió de hombros.

Fue hacia el teléfono y descolgó.

—Diga, míster Thorne.

—Por favor, póngame con el doce-ciento veintitrés.

—Inmediatamente, míster Thorne.

Obtuvo la comunicación algo más de medio minuto más tarde.

—Soy Bob —dijo.

—Yo, Herb.

—Debajo de la luz...

—¡Está la verdad! —rió Herb.

Y Bob Thorne también se echó a reír, alegremente.

—Es magnífico, Herb —dijo—. No sabía si te encontraría en Mayagüez. ¿Conoces bien la ciudad? ¿Te atreves a servir de anfitrión?

—Naturalmente.

—Saldré a las siete hacia tu casa.

—A las siete, ¿eh?

—Si te parece mejor otra hora...

—No, no. Pongo el despertador —rió Herb—. Te espero.

—Okay.

Y se cortó la comunicación. El agente especial del F.B.I. Cordell Nathan suspiró. Tenía un buen rato por delante para descansar y reflexionar. Hasta el momento, todo iba bien, pero uno nunca sabe cuándo van a empezar a complicarse las cosas.

II

PARA el agente especial Cordell Nathan, aquélla había sido una tarde monótona. Desde poco antes de las siete, había dejado transcurrir el tiempo sentado en un velador de un café de la Avenida 11 de Diciembre, en la acera opuesta al hotel «Buenas». Todo iba bien; unas discretas averiguaciones le confirmaron que Bernardo Utillas estaba en el hotel; no había salido. Por otro lado, Herb debería estar ya trabajando, o terminando el trabajo.

Cordell Nathan miró su reloj: las ocho cuarenta. Tal vez había llegado el momento de moverse.

Se puso en pie. Allí, en el velador, había poca gente; sólo unos turistas, alemanes al parecer. Cordell se introdujo en el café en el cual, detrás de la barra, se podían ver unas luminosas sonrisas criollas, de las camareras. Fue hacia la cabina telefónica, y poco después estaba discando el 12-123.

Medio minuto más tarde fruncía el ceño, ante el silencio del aparato. Insistió un par de veces más, con la misma respuesta: el silencio. Optó por colgar y salir de la cabina. Procuró que su rostro no delatara preocupación alguna, que no podía encajar con el aspecto que le proporcionaba su moderna y chillona camisa y el pantalón color paja, acampanado. Salió a la calle, dejó el importe de sus naranjadas encima de la mesa que había estado ocupando y fue hacia el *«parking»*, donde estaba el viejo «Chrysler» que había alquilado desde el hotel «Las Marías»; se lo encontró en la puerta al salir. Se metió en su coche, lo puso en marcha y salió a la avenida, hacia el Norte, en busca de la calle Almirante Donato, que corre perpendicular al puerto.

Diez minutos más tarde detenía el coche en una esquina bastante mal alumbrada. Se apeó y caminó cosa de cien yardas,

antes de llegar al 616 de la calle. El edificio era una especie de modesto chalet, que estuvo en tiempos pintado de blanco. Tenía un pequeño jardín delantero, oscuro y completamente arruinado, descuidado. No asomaba una sola luz desde el interior del edificio.

Apareció una indescifrable mueca en el rostro de Cordell Nathan. ¿Acaso habían empezado las dificultades? Echó un vistazo a ambos lados de la calle. Transitaba poca gente por aquella parte alta, y si actuaba rápida y discretamente nadie repararía en él. Atravesó el jardín y llegó frente a la puerta del chalet; lo hizo ya con la ganzúa en la mano; simplemente, el llavero transformado en ganzúa. La introdujo en la cerradura sin el menor titubeo, y medio minuto más tarde se abría la puerta.

Penetró rápidamente y cerró.

—Herb... Herb...

Silencio.

La ganzúa empezó a proporcionar luz. Se orientó rápidamente en aquel edificio simple, de sólo tres piezas en los bajos, aparte de servicios. Vio el dormitorio, desarreglado; la cocina, con restos de comida; los ceniceros de toda la casa llenos... Ni rastro de Herb. El agente del F.B.I., realizó una segunda visita, cuidadosamente.

Pensó que no debía preocuparse aun excesivamente. Era probable un simple retraso...

Salió de allí, y un minuto más tarde estaba en su coche. Lo puso en marcha. A los dos minutos, rodaba por la Avenida de Las Américas, en dirección a la playa de Punta Hormigueros, hacia el hotel «Las Marías». Rodaba con los cristales de las portezuelas bajos, y dejaba penetrar en el interior del vehículo el aire que la velocidad refrescaba; aquel aire que en el exterior era caliente y, a veces, fuerte. Rodaba entre luces, palmeras.

Vio, a lo lejos, el rótulo luminoso de «Las Marías», aquel edificio grande, moderno, lujoso. Le rodeaba un gran «*parking*» atestado de coches modernos, deportivos, veloces, y a algo más de cien yardas estaba la playa, solitaria en aquellos momentos.

Cinco minutos más tarde, Cordell Nathan estaba, en el ascensor, que se detuvo en el segundo piso, donde estaba su «*suite*». Penetró rápidamente en ella, encendió las luces y se precipitó hacia el dormitorio.

Levantó la lámpara de la mesita de noche.

Bien..., el microfilm no estaba allí. Herb, por tanto, lo tenía en su poder y debía estar trabajando con él, cualquiera sabía dónde.

De todos modos, Cordell echó un vistazo a la «suite», incluida la terraza y el cuarto de baño. Todo parecía en absoluto orden. Y, ceñudo, haciendo saltar en su palma las llaves de la «suite» y el coche, permaneció unos segundos reflexionando. Optó por guardar las llaves, encender un cigarrillo y caminar hacia la salida.

Cenaría en el hotel; era forzoso, puesto que Herb tendría algo que decirle, sin duda, y allí era el sitio donde podía localizarle con seguridad.

Salió; llamó un ascensor y poco después estaba en el vestíbulo como un turista más de los que llenaban los salones, el bar, recepción. Los comedores estaban en el exterior, entre palmeras, flores tropicales y música suave.

Iba a salir cuando, de súbito, un grito de mujer vibró en el vestíbulo, estremeciendo la calma, los suaves murmullos.

El grito se repitió de nuevo, y ya mucha gente, excitada, corría hacia la dama que había caído, desvanecida, en brazos de su lívido acompañante.

Se formó un corro inmediatamente y se percibieron más gritos, no tan agudos; algún gemido; las damas volvían la cabeza. Y todo frente a uno de los ascensores.

Cordell Nathan dio unas zancadas en aquella dirección; se abrió paso, y el resto lo hizo su estatura, superior a la mayoría de aquella gente. Llegaban empleados del hotel, más gente, se trataba de poner orden; alguien rogaba a la gente que se retirase. Era confusión propia que causan los muertos inesperados. Bien..., se supone que aquella mano correspondía a un muerto.

Cordell miraba la mano que pendía a la altura de la parte superior de las portezuelas del ascensor. Una mano y parte de un brazo, cubierto por la manga de una chaqueta clara. Estaba claro que el cadáver se encontraba en el techo del ascensor.

Los nudillos de aquella mano presentaban fuertes rasguños sangrantes. Parecía claro que la mano, en un movimiento brusco del ascensor se había deslizado y fue aprisionada en la pared del hueco del ascensor.

—Por favor, retírense...

—Ya hemos avisado a la Policía.

—Por favor, por favor...

La Policía, por fortuna, puesto que cundía la histeria, no tardó en llegar y consiguió mantener un relativo orden. Un sargento de paisano, moreno, con los ojos negros, algo saltones, empezó a examinar la situación, sin hacer caso a los empleados del hotel, que hablaban todos a un tiempo, excitadamente.

Sin hacerles caso, el sargento se volvió a uno de sus hombres, y rezongó:

—¿Se te ocurre cómo podemos sacar de ahí el cadáver? No hay hueco para un cuerpo.

—Pues...

Cordell Nathan, que se había mantenido en un plano discreto, dio un paso hacia el sargento.

—¿Me permite? —inquirió—. A mí se me ocurre algo.

El sargento le miró de arriba abajo.

—¿Y quién es usted? —inquirió.

—Soy Bob Thorne, me alojo en el hotel. «Suite» doscientos veinte.

—Ya... ¿Sabe... algo de eso? —señaló la mano colgante y ensangrentada.

—Pues no...

—Bien. ¿Qué se le ocurre?

—Venga.

El sargento y otro policía, éste de uniforme, siguieron a Cordell, quien se metió en el ascensor.

Cerraron las puertas y, ante el silencio de los policías, Cordell pulsó el botón de la primera planta. Cordell esperó unos segundos, y antes de que el ascensor llegara totalmente a la abertura de la primera planta abrió las puertas del ascensor, que se detuvo; abrió las puertas y saltó a la planta. Le siguieron los policías.

El ascensor había quedado como media yarda, algo más, por debajo de la parada habitual, de modo que podía verse el techo. Y también el cadáver, naturalmente. Un cadáver aplastado sobre el techo, con la cara vuelta hacia los policías; un rostro amoratado, los ojos abiertos.

Un rostro que Cordell Nathan conocía bien. Y el agente del F.B.I., ni siquiera hizo esfuerzos por disimular su impresión. Lo natural era que cualquiera sintiera náuseas ante aquella visión. Y no

hacía falta ser un lince para comprender que a aquel hombre le habían ahorcado y luego le habían buscado aquel escondite. En verdad, había sido cuestión de suerte que un brusco movimiento del ascensor hiciera deslizar aquella mano. De lo contrario, hubiesen podido transcurrir días sin que Herb Karpis, agente especial del F.B.I., apareciese.

El sargento, después de observar el cuerpo, miró a Cordell.

—Muy bien —dijo—. Se supone que quien, o quienes hicieron eso, emplearon el mismo sistema que usted.

—Sí...

—¿Conoce al muerto?

—En absoluto. Tal vez sea un huésped del hotel, pero yo he llegado esta misma tarde. Procedente de San Juan, por si le interesa.

—Está bien, está bien... No por ahora. Puede marcharse si quiere. Nadie va a tocar nada hasta que lleguen los servicios técnicos. Si creyese conveniente interrogarle, le avisaré, señor Thorne. «*Suite*» doscientos veinte ha dicho, ¿no?

—Sí.

—Gracias, y buenas noches.

—Buenas noches...

Cordell Nathan utilizó la escalera para bajar al vestíbulo. Le hubiese gustado echar un vistazo a los bolsillos de Herb, pero pensó que no iba a hallar gran cosa. Si a Herb le habían asesinado, no iban a dejarle encima el microfilm. Y no había que pensar en el azar, en coincidencias. Sencillamente: estaban descubiertos.

Salíó del vestíbulo, sin hacer caso del excitado ambiente. Mucha gente habría perdido el apetito aquella noche. Él también, por supuesto.

Fue directo hacia su «Chrysler» negro, de alquiler, y un minuto más tarde rodaba en dirección a la Avenida 11 de Diciembre. Era claro que el tal Utillas tenía algo que ver con la muerte de Herb; posiblemente el propio Utillas tenía el microfilm en su poder. Echaría un vistazo al hotel y vigilaría más de cerca al tipo.

En cuanto a sí mismo, Cordell lo sabía positivamente, corría un grave riesgo. Utillas le había descubierto, y aquello anulaba la ventaja que hasta el momento había tenido el F.B.I.

Aparcó cerca del «Buenas» y se encaminó hacia el hotel,

sopesando las probabilidades de éxito si se decidía por una acción directa. Por ejemplo, Utilas podía estar cenando, y él podía penetrar en la «suite». O bien...

Se interrumpieron sus ideas al llegar frente al «Buenas».

Observó un ambiente extraño; un ambiente de muerte. Miró hacia la calzada y vio la blanca ambulancia aparcada frente mismo al hotel. Iba a dar unos pasos hacia adelante, cuando vio que dos tipos salían transportando una camilla, con un bulto sobre ella, cubierto totalmente por una manta. Los camilleros avanzaban hacia la ambulancia, y el conductor de ésta se hallaba en la parte trasera, abriendo las puertas.

Cordell Nathan fue hacia allí.

—Oiga, ¿qué ha ocurrido? —inquirió.

Uno de los camilleros gruñó:

—¿No lo ve? Un fiambre.

—Ya... ¿Cómo fue?

—Parece que de un ataque al corazón. ¿Y a usted qué diablos le importa?

—Bueno..., el caso es que acabo de llegar a Mayagüez, y un amigo me estaba esperando en el «Buenas». Diablo, compéndalo... Al ver esa camilla he tenido un presentimiento... ¿Me permite?

No esperó el permiso. Tomó una punta de la manta, y un instante más tarde ante él se ofrecía un rostro macilento; un rostro vulgar; una cabellera negra, un frondoso bigote negro... Por lo visto, Utilas también había emprendido el gran viaje... de un colapso.

—Oiga, estamos perdiendo el tiempo. ¿Es su amigo, o no?

—No, no...

Cordell cubrió de nuevo el rostro de Utilas.

Un colapso... Era difícilmente creíble. Por otra parte, no había que soñar tan siquiera con tener acceso a la «suite» de Utilas, por lo menos aquella noche. Y, lo más desolador, aparte de la muerte de Herb, era que el agente especial Cordell Nathan había quedado en el más absoluto de los vacíos en aquel asunto.

Había muerto Herb, había perdido el microfilm y acababa de desaparecer la única pista viviente: Bernardo Utilas.

Lentamente, Cordell Nathan se alejó de allí.

Eran las diez y quince minutos cuando Cordell Nathan apagó las luces de la «suite» que ocupaba en el hotel «Las Marías». Se dirigió hacia uno de los lujosos sillones situados junto a la terraza, y ya con el transmisor-receptor de onda especial a punto, buscó comunicación. No tardó en llegar la voz del inspector Wade, de la Delegación de San Juan:

—¿Eres tú, Nathan?

—Prepárese para recibir malas noticias, inspector.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Has perdido la pista de Utilas?

—Definitivamente, además. Permítame explicar cronológicamente los hechos. Todo salió bien en el aeropuerto de Mayagüez; cambié la maleta a Utilas y corrí hacia mi hotel. En diez minutos saqué microfotografías de todo lo útil que Utilas llevaba en la maleta; concretamente, una serie de documentos en clave. Cuando llegó Utilas reclamando su maleta, yo ya estaba listo. Creo que le engañé..., lo creí así. Él había abierto mi maleta, y debió ver las fotografías trucadas y el equipaje, ciertamente significativo. Bien..., se marchó. Me puse en comunicación con Herb indicándole que dejaba el microfilm debajo de la lámpara de la mesita de noche, en nuestra clave. Él tenía que recoger el microfilm a las siete, de modo que a las nueve estuviese revelada la película. Bien...

—Vamos, vamos, ¿qué ocurre con Herb?

—Le han asesinado, señor. En el hotel «Las Marías». En cuanto a Utilas, se le ha reventado el corazón a causa de un colapso, aunque dudo que eso sea cierto.

—Dios...

—Estoy en el vacío, inspector. De una parte, no me atrevo a dirigirme a la Policía, identificándome, para que me dejen husmear en los bolsillos de Herb y en la «suite» de Utilas. Mi impresión, de todos modos, es que un registro sería inútil.

—Ya...

—Aparte de que estoy descubierto; la muerte de Herb en el hotel en que me alojo es un claro indicio. Descubierto, y en el vacío. Será muy difícil reencontrar la pista, a menos que actúen nuestros hombres de Nueva York. Creo que ha llegado el momento.

—No, no... Esperemos aún, Nathan. Cuida tu vida, eso en primer lugar. En segundo, ponte en contacto con Pandora. Ten en cuenta que si actuamos en Nueva York vamos a perder, casi seguro, la

probabilidad de obtener un triunfo. Busca a Pandora.

—Pero... ¿Pandora?

—Es cierto..., la desconoces. Herb podía ponerse en contacto, y por lo que veo no pudo comunicar nada contigo al respecto. Atiende: Pandora es de confianza; absoluta confianza. Absoluta, ¿comprendido? Explicas la verdad; sólo la verdad. Tendrás ayuda, Nathan.

—Está bien. ¿Dónde puedo localizar a esa Pandora?

—En el «Café Caribe». Es un antro marinero. Queda entre la playa da. Punta Hormiguero y el puerto.

—De acuerdo, inspector.

Y cortaron la comunicación.

Poco después, Cordell Nathan cambiaba sus ropas muy claras por otras más oscuras, muy modernas también. Se puso una chaqueta larga, con dos grandes cortes, de color azul, tipo marinero; en un bolsillo de aquella chaqueta fue a parar su «Luger». Con un cigarrillo entre los labios, unos mechones de cabello cobrizo sobre la frente y con aquel atuendo marinero, salió de la «suite», y poco después estaba de nuevo en su coche. Durante diez minutos estuvo dando vueltas sin rumbo, para asegurarse de no ser seguido. Sonrió con cierta amargura, pensando que aquella gente no consideraba necesario en absoluto molestarse por él; ellos sabían muy bien que estaba desconectado.

Pandora. Bien...

«Café Caribe». Lo ponía aquel rótulo en letras rojas; letras que brillaban en la oscuridad de la noche. El antro estaba situado entre la playa y el puerto, como había indicado el inspector Wade. Pero, al parecer, allí acudía más gente del puerto que de la playa. Había un «*parking*» cerca de aquel local, y Cordell dejó allí el coche, observando que estaba muy concurrido.

Todo lo contrario que el antro que, a simple vista, podía parecer una construcción de bambú. Sin embargo, debajo de la caña había paredes sólidas, rústicas. El ambiente era abigarrado; muchos marineros, muchas criollas. Había dos salas; en una de ellas se bailaba y se celebraba el espectáculo; la otra se dividía en apartamentos de caña, en los cuales se cenaba discretamente, oyendo la música. Dentro había luces rojas, azules, verdes...

En aquel ambiente, la canción de Sinatra «Extraños en la Noche» adquiriría una rara sonoridad. Y la gente estaba bailando.

Tanto en la sala de espectáculos como en los reservados había barra. Mucho más grande la de la primera sala, y mucho más atareada. Allí se bebía mucho; cócteles, julepes, ron, *whisky*..., todo con grandes cantidades de hielo. En la otra barra, en la de los reservados, había un solo camarero; un tipo de unos cincuenta años, de cabello gris y ojos marrones, muy serenos. Un tipo con un par de días de barba, bigote gris y camisa blanca, con el cuello abierto y rozado.

Seguía «Extraños en la Noche».

Cordell Nathan, con un cigarrillo entre los labios, se dirigió hacia el tipo del cabello gris.

Se apoyó en la barra.

—¿Qué va a tomar? —inquirió aquel hombre.

Cordell miró hacia los reservados; veía sombras, oía risas... Y olía bien.

—Nada —musitó—. Busco a Pandora.

El camarero, inexpresivo el rostro, dejó una copa larga y estrecha ante el agente del F.B.I., y luego tomó una botella de una estantería, con escarcha dentro. Escanció un poco en la copa; la llenó hasta la mitad.

—Es un anís flojo —dijo.

Cordell asintió con la cabeza. Tomó la copa.

—¿Qué hay de Pandora? —inquirió, con el borde de cristal casi tocando sus labios.

—¿Y de usted?

—Cordell Nathan, del F.B.I.

—Bien...

—¿Cree que puedo perder el tiempo?

—Tendrá que perder un poco; lo siento.

Y señaló con la barbilla hacia la otra sala; a través de los canutillos de bambú que formaban la cortina de separación, Cordell pudo ver que había cambiado el decorado allí. Había cesado la canción de Sinatra, y la pista estaba vacía; lo estuvo unos segundos. Luego, hubo aplausos, silbidos, rumores. Cambió la luz. Cambió todo. De un solo golpe. Luego, música rítmica, que fue aumentando en intensidad; una música vibrante; timbales, maracas, una

trompeta luego...

Cordell Nathan, con los ojos entornados, caminó hacia la cortina y la separó ligeramente. Se sintió impresionado por aquella mujer; por su juventud; por su piel dorada, por su cabello negrísimo y unos ojos grandes, de un azul oscuro; por aquel cuerpo cimbreante, cubierto por dos piezas, con la inferior a tiras, cubriendo hasta medio muslo.

Calló la trompeta; enmudecieron las maracas; sólo los timbales hacían vibrar a aquella mujer con un ritmo loco.

III

ACABABA de encender un cigarrillo cuando la vio. Tiró el cigarrillo por la ventanilla y abrió la portezuela correspondiente al acompañante del conductor. Y miró con atención aquella figura que se acercaba al «Chrysler»; aquella figura vestida de blanco, con un vestido holgado, con minifalda. Ella llevaba un bolso grande, colgando de su brazo derecho; un pañuelo cubría parte de su cabellera.

Cordell Nathan apenas podía contener su asombro. Cambiaba mucho la figura de Pandora con su ropa de calle; parecía mucho más joven; y sus ojos azules, en contraste con el cabello muy negro y la piel dorada, parecían más tímidos; no poseían aquel brillo que, quizá, hacía asomar el timbal, la maraca, la trompeta...

Ella estaba junto al coche, y Cordell dijo:

—Suba, rápido.

Pandora se introdujo en el vehículo; con el bolso encima de las rodillas, ocultando lo que la minifalda dejaba al descubierto. Parecía tener veinte años, o muy poco más. Era discreta y poseía una sonrisa dulce y tímida que secó un poco la boca del agente del F.B.I.

—¿Adónde vamos? —inquirió Cordell, ya con el motor en marcha.

—Un lugar discreto es la carretera de Añasco. Hacia el Norte.

—Está bien.

El coche abandonó aquellos parajes, tras de que Cordell hubo echado un vistazo, cerciorándose de que la salida de Pandora no había despertado la atención de nadie. Poco más tarde, el coche se encontraba en la pista de la carretera hacia Añasco. La pista, luego, se convertía en mala carretera que bordeaba la playa; allá donde se recortaban los palmerales, allá donde la luna lo alumbraba todo.

—Han matado a Herb Karpis —fue lo primero que dijo Cordell

—. Sé que él la conocía. ¿Se pusieron en contacto? ¿Ha trabajado usted en algo para Karpis?

—No. En esta ocasión, no —musitó la joven.

Cordell la miró de reojo. Dijo:

—Entonces, usted no conoce este asunto.

—No.

—¿Cree que podrá ayudarme?

—Podemos probar, ¿no?

—Sí...

—¿Duda de mí?

—No, perdone. El inspector Wade tiene confianza en usted; una total confianza. Supongo que él la conoce bien. Usted, sin duda, posee enlaces, métodos..., todo eso que forma una red. Voy a explicarle lo ocurrido, desde que en Nueva York descubrimos a Bernardo Utilas. Se le relacionó, después de unas investigaciones, con un «*affaire*» de contrabando de armas.

—¿Armas que han de entrar aquí, en Puerto Rico?

—Ignoramos eso. Supusimos que Utilas era enlace de una red enemiga de Estados Unidos, y de ahí que no le hayamos detenido hace días, en Nueva York. Tanto a Utilas como a su contacto en Nueva York pudimos atraparles fácilmente. Nos interesó más, sin embargo, seguir investigándoles de cerca. Yo he seguido a Utilas desde Nueva York hasta Mayagüez, mientras que su contacto está vigilado en Nueva York por mis compañeros. El F.B.I., hasta ahora, era dueño de la situación. Utilas, al parecer, iba a conducirnos a los hilos principales de esa red. Pero Utilas ha muerto, y ha muerto también Herb Karpis, a quien le arrebataron un microfilm que contenía copias de los documentos de Utilas.

—¿Qué tienen que ver los documentos con las armas?

—No lo sé.

—¿No tomó usted las microfotografías?

Cordell la miró de soslayo, algo achicados los ojos. Sonrió muy brevemente.

—Lo hice yo, Pandora, es cierto —dijo—. Sin embargo, crea que no me tomé un solo segundo en echar un vistazo a los papeles, como no fuese a través del objetivo. Mis circunstancias para tomar esas fotos eran... muy especiales: disponía de muy poco tiempo.

—Ya...

—En pocas palabras, lo ocurrido es que cambié mi propia maleta por la de Uillas en el aeropuerto de Mayagüez; supuse que éste era su punto final de destino, y decidí actuar. Naturalmente, contaba con un mínimo de tiempo para que Uillas notara el cambio y recuperase su propia maleta. ¿Comprende?

—Sí. A su vez, no obstante, Uillas vería la maleta de usted.

—Claro está. Pero sólo vio el equipaje de un «*play-boy*». Y revistas atrasadas «*Play-Boy*», de U.S.A., las cuales contenían fotografías trucadas en las que aparezco anunciando tal o cual camisa, o pantalones, o zapatos. Bien..., cuando Uillas salió de mi habitación en el hotel «Las Marías», creí que todo había salido bien. Me puse en contacto con Herb Karpis para que recogiese el microfilm. A Karpis le mataron en mi hotel. Y Uillas, según parece, ha muerto de un colapso.

—Y usted no cree eso.

—No.

—¿Entonces?

—Lo que pienso es simple: Uillas, o alguien de su red, sospechó que el cambio de la maleta no era tan inocente como parecía. Ese alguien ordenó la vigilancia de mí «*suite*» y sorprendió a Herb Karpis cuando fue a recoger el microfilm. Le mataron. Como consecuencia, saben o sospechan que soy un agente del F.B.I.; nueva consecuencia: el F.B.I. tenía localizado a Uillas. ¿Solución?: eliminar a Uillas.

Pandora asentía con la cabeza.

—Me parece lógico, señor Nathan —dijo.

—Como ve, pues, he perdido las pistas. ¿Cree que usted podrá reanudar el hiló?

—Siempre confío en mis posibilidades, señor Nathan. Pare ahí.

Era un palmeral, donde apenas penetraba la luz de la luna. A cien yardas del palmeral, se veía la playa; sus olas mansas y blancas; se oía, muy apagado, su rumor; se advertía el reflejo plateado de la luna en las aguas. Era, evidentemente, un romántico lugar.

Pandora tomó el bolso para extraer un paquete de cigarrillos y la graciosa minifalda quedó visible, dejando al descubierto parte de sus finas piernas, con muchas menos perspectivas, desde luego, que en la pequeña pista del «Café Caribe»; pero con el mismo exotismo

y misterio. Pandora lo mismo podía parecer una ingenua chica de veinte años, que una experimentada espía sin edad.

Encendió dos cigarrillos, uno de los cuales pasó entre los labios de Cordell Nathan, quien esbozó una pétrea sonrisa de agradecimiento.

—La situación es, pues, la siguiente: no hay por dónde empezar a atar el cabo —dijo Pandora.

—Exacto.

—¿Por qué el F.B.I., en Nueva York no arresta a ese enlace?

—Lo mismo propuse al inspector Wade. Cree que todo irá mejor con su actuación, Pandora. En cierto modo, tiene razón, puesto que si detenemos al tipo de Nueva York, los de aquí se asustarán.

—Ya veo... Quizá el inspector Wade me sobreestima.

—No sé. A eso debe responder usted. ¿Se encuentra con fuerzas?

—Sí. ¿Está seguro que se trata de un contrabando de armas?

—No. No puedo estar seguro, si bien es cierto que la palabra armas sale a relucir en las claves. Como sea, estamos frente a una organización enemiga. Los documentos que llevaba Uillas tienen que ser importantes. En cuanto a la organización, vayámonos haciendo a la idea de que se trata de algo fuerte. Ni siquiera han vacilado en asesinar a un elemento peligroso; peligroso, por haber sido descubierto. Ni siquiera han respetado la vida de un agente del F.B.I.

—Está bien.

—No respetarán la de usted, Pandora.

Ella le miró a los ojos. Gravemente; sin ironía alguna, sin burla; serena y gravemente.

—¿Podré ponerme en contacto con usted en el hotel «Las Marías»? —inquirió.

—Sí.

—¿No piensa cambiar? Usted está localizado.

—Sé eso. Sin embargo, no voy a dejar todo el peso de la investigación sobre usted, Pandora. Pienso arriesgar lo suficiente para atraer hacia mí al enemigo; es mi única forma de colaborar. ¿Comprende?

—Sí... Yo trabajaré por un lado y usted por otro, arriesgando la vida.

—Me cuidaré bien. ¿Debo entender que usted se pondrá en

contacto conmigo?

—Sí.

—¿Y yo con usted?

—Por el momento, dejémoslo así.

—En absoluto. Diga, ¿desconfía de mí?

—En absoluto. Pero ocurre que yo también quiero cuidar de mi vida.

Cordell Nathan meneó la cabeza.

—Me parece lógico —dijo—. ¿Regresamos?

—Regresará usted solo, señor Nathan.

—¿Y usted?

Ella se encogió de hombros.

—Se me da bastante bien el «auto-stop» —dijo—. Y a nadie extraña que Juanita Arroyo regrese a su casa en el coche de un desconocido cualquiera.

—Ya... ¿Juanita Arroyo es su verdadero nombre?

—Sí —sonrió la mujer—. Menos... sugestivo que Pandora, ¿no es cierto?

—Suele ocurrir. De todos modos, usted es desconcertante. Creo que acertó plenamente quien la bautizó como Pandora. Usted es sorprendente, señorita Arroyo. Diga..., ¿cobra por su trabajo?

—A veces. He ganado mucho dinero con esta... profesión.

Cordell Nathan seguía desconcertado. En verdad, uno podía imaginarse a Juanita Arroyo sonriendo dulcemente bajo la luz de la luna y bajando la mirada con timidez, por poco audaz que se mostrase el galanteador. Luego, unos besos cortos, temblorosos... Ésa era Juanita Arroyo; encajaba perfectamente con esa imagen. Sin embargo, uno también podía imaginarla, perfectamente, como Pandora, atravesando con un cuchillo la espalda de cualquier enemigo. Es claro que la visión de Juanita Arroyo, dulce y tímida, resultaba mucho más agradable; más... femenina, más sugerente. Y mucho más la imagen de la bailarina de ambiente tropical. Era difícil olvidar aquel cuerpo contorsionado al ritmo de los timbales; y el brillo de aquellos ojos azules.

—¿Usted es de Puerto Rico? —inquirió Cordell, de súbito.

—Cubana.

—Ya...

—Como ve —sonrió Pandora—, todas estas cosas empiezan con

una historia. Hay cien mil razones que me impulsan a luchar contra el comunismo. Por cierto..., yo no he conocido otros enemigos peores. De todos modos, la historia no viene a cuento ahora. Y es completamente vulgar. Voy a apear-me, señor Nathan. Usted regrese tranquilamente a Mayagüez.

—De acuerdo. Buenas noches, Pandora.

Pandora se apeó del coche y se alejó discretamente, dejando sitio suficiente a Cordell Nathan para maniobrar. Este puso en marcha el motor, y, sin dejar de mirar a Pandora, que ofrecía una exótica imagen en las sombras del palmeral, maniobró hasta encararse a la carretera. Por el espejo retrovisor pudo ver de nuevo a Pandora, que seguía inmóvil, con su aspecto juvenil, de chica bonita y alegre, con su minifalda, el pañuelo a la cabeza y el gran bolso.

Ya carretera adelante, a sesenta millas por hora, Cordell Nathan seguía con aquella imagen fija en sus retinas.

El yate estaba como a doscientas yardas mar adentro, frente al embarcadero del Osborne Yatch Club, en Punta Hormigueros. A las once de la mañana, caía un sol aplastante, que sólo estimulaba al baño; a sumergirse en el agua azul, mansa y clara de aquella zona del Caribe. El yate era diminuto, pintado de blanco, nuevo y limpio. Destacaba su nombre, pintado en negro: «Pandora».

Lo que más destacaba, sin embargo, era aquella figura, con brillo propio, que estaba en cubierta, junto a la borda, acabando de colocarse el casquete de goma, de color azul, simulando una cabellera. Una figura esbelta, juvenil, con un dos piezas rojo. Brillaba la piel, los ojos, el cabello, mal recogido aún. Luego, aquella figura se colocó de pies sobre la borda y se lanzó al mar, dejando el paisaje como solitario, mustio, sin vida.

Fue un baño corto; unas brazadas juguetonas, unas inmersiones, y luego el regreso a cubierta, utilizando las escalerillas de cuerda.

Pandora bajó a su camarote y cambió su dos piezas, después de secarse y frotar su piel, por un «polo» blanco con rayas horizontales azules y un pantalón pirata, rojo, muy ajustado a sus piernas, a sus caderas. Por último, con el cabello recogido en un moño, pasó al salón del yate. Se tendió en un sofá, con un cigarrillo entre los labios.

Con una sonrisa indescifrable oyó el zumbido de una motora que

se acercaba al yate. Cesó poco después el ruido del motor, y un minuto más tarde oía pasos en cubierta.

Conoció los pasos; antes de ver a aquel hombre, sabía que era Tib.

Y sí. Era el hombre de cabello cano, de mirada noble, un poco gastado por la lucha. Un hombre que vestía un traje claro, barato, bastante arrugado. Conservaba, no obstante, un porte digno, honrado.

—Pandora...—saludó el hombre, con una débil sonrisa.

—Siéntate, Tib. Bebe algo.

—Sí, gracias...

El hombre, un poco nervioso, fue hacia el diminuto bar del saloncito y tomó un fino vaso. Colocó en él tres cubitos y un chorrito insignificante de *whisky*. Con el vaso en la mano, fue a sentarse junto a Pandora, en el sofá. Sin mirar a Pandora, bebió un poco.

—Pandora..., por Dios, ¿qué quieres ahora? —musitó.

—Yo no te pregunto en qué gastas el dinero que te doy, Tib.

El hombre se mordió el labio inferior.

—Eso es verdad —musitó luego.

—¿Entonces?

—No sé... No todo lo que hacemos es legal, Pandora.

—Oh, vamos, Tib... ¿Cómo están tus chicos?

—Bien. Gracias a ti, desde luego.

Pandora sonrió. Una luminosa sonrisa; con aquellos labios sonrosados, tersos, donde resaltaba la juventud y vitalidad de aquel cuerpo maravilloso, elástico y duro al mismo tiempo; con cada encanto latiendo allí, a sólo dos pies de distancia de Tib.

—No te pongas triste, Tib —dijo Pandora—. Sabes que no haría nada que fuese contra nosotros mismos.

—Ya sé, ya sé...

—Cálmate, entonces.

—Consigues convencerme siempre...

Otro motor de lancha se acercaba rápidamente con su trueno. Pandora y Tib prestaron atención. Cesó el ruido, y luego percibían pasos sobre cubierta. Tib miró a Pandora, esperando, al parecer, una explicación.

—Es Eduardo —dijo Pandora.

—¿Él también? —musitó Tib.

—También.

—Pero... ¿qué ocurre esta vez, Pandora?

—No lo sé aún.

Era Eduardo Fuentes, sí. Un hombre elegante, de menos de cuarenta años, con un impecable traje azul claro, corbata roja y camisa blanca. Llevaba un «panamá» en la diestra, y penetró en el saloncito, dirigiendo a Pandora una mirada de admiración. Luego, dirigió a Tib una breve sonrisa.

—Siéntate, Eduardo —dijo Pandora.

—Bueno..., ¿reunión de Estado Mayor? —inquirió Eduardo.

—En cierto modo.

—¿Falta alguien?

Pandora sonrió.

—Seguro: falta Jimmy.

—Oh..., ¿por qué nos has de mezclar con gentuza como Jimmy, Pandora? —gimió Eduardo.

Pandora rió alegre y brevemente.

—Es sólo cuestión de unos minutos, Eduardo. Además, a ti te conviene conocer a fondo todos los estratos sociales de Puerto Rico. Conoces a Tib, el perfecto policía honrado; conoces a Jimmy, el más sinvergüenza de los golfos del puerto; y... me conoces a mí. Nosotros, en realidad, somos gente que sentimos y vivimos en Puerto Rico. Tú aspiras a un cargo político, ¿no es así, Eduardo?

—Sí...

—Te estoy ayudando, ¿no?

—Sí...

—Entonces, espero que no te importe perder unos minutos.

—Claro que no, Pandora... Espero que no te hayas molestado...

—Olvidalo —sonrió Pandora—. Eh..., ése es Jimmy.

Lo era. Primero, el zumbido del motor. Luego, una voz ronca, pastosa, desafinada, entonaba «Extraños en la Noche». Unas botazas parecían querer hundir la cubierta del yate. Por fin, apareció el propio Jimmy en el saloncito. Un tipo de siete pies de altura, con los hombros enormes, con el rostro más feo y patibulario que Tib, el viejo policía, había visto jamás; con la sonrisa más cínica que existía en lo peor de Mayagüez, con el desaliño más patente en el cabello rubiacho de Jimmy, en su barba de varios días, muy poco

poblada. Vestía pantalón blanco y «polo» marinero. Llevaba una gorra muy ladeada hacia la izquierda.

—Pandora, divina... —susurró, arrodillándose junto a Pandora—. ¿Qué ordenas esta vez? A propósito..., perdí los cien dólares que me diste la última vez...

—Siéntate, Jimmy.

—Pero...

—Siéntate, es serio.

Ya lo sabían. Aquellos tres tipos conocían a Pandora. Ella encendió un nuevo cigarrillo. Miró aquellos tres rostros, tan distintos entre sí.

Sabía que la escucharían atentamente; sabía que sería obedecida de un modo ciego.

IV

OS pondré brevemente al corriente de la situación —empezó Pandora—. Han asesinado a un agente del F.B.I.; otro agente del F.B.I., me necesita y tenemos, probablemente, entre manos, un contrabando serio de armas. Puede ser otra cosa, pero lo cierto es que por aquí, en Mayagüez, ante nuestras narices, se está fraguando algo importante. Tú, Tib.

—¿Qué?

—Anoche fue asesinado el agente del F.B.I. Se llamaba Herb Karpis. Tendrás que enterarte de lo que se halló en sus bolsillos, y cualquier huella o pista que haya conseguido descubrir la Policía. Fue también asesinado Bernardo Utillas; se dice que murió de un colapso, pero sospecho que fue asesinado. Averigua todos los datos que la Policía sepa al respecto. Pesquisas que se hayan efectuado en relación a la búsqueda del asesino, huellas y demás. ¿De acuerdo?

Tib ya no vacilaba.

—Tendrás esos datos, Pandora —dijo.

—Está bien. Eduardo.

—¿Qué sabes de la situación actual?

—Políticamente, como todo el mundo. Puerto Rico tendrá que decidir en breve su destino. Podrá seguir siendo un Estado libre asociado a U.S.A., puede también llegar a convertirse en el cincuenta y uno Estado de la Unión, o bien puede adquirir su independencia total. Es claro que se empiezan a mover grupos de influencia. Predominan los que prefieren seguir junto a U.S.A. Aunque los que más alboroto arman son los que realizarán su propaganda para la independencia absoluta. Eso es lo que hay, Pandora.

—De acuerdo. Averigua todo lo que puedas sobre los grupos independientes.

—Sí... ¿Qué temes, Pandora?

—No importa ahora, Eduardo. Hazlo.

—Desde luego.

—Jimmy.

—Aquí estoy, divina... ¿Qué quieres saber de los golfos?

—De ellos, nada. Sólo de lo que ocurre en torno a los barrios bajos, al puerto, y demás.

Jimmy se rascó la barba.

—No sé... La cosa está en calma, Pandora. Diríase que todo se ha estacionado en la mera rutina diaria. Algún pequeño contrabando de estupefacientes, alguna chica desaparecida..., eso en el último mes. Nadie la reclama, ni se la da más importancia. Luego, lo corriente: ayuda a fugitivos con las barcazas; alguna paliza bien pagada... Ya sabes.

—¿Qué más? Algo significativo; algo que se aparte de lo normal. Ya entiendo que una poderosa organización de espionaje o de acción directa no va a fijarse en los elementos de tu barrio, pero... no se puede desdeñar la oportunidad. Yo misma te descubrí a ti en esos barrios, Jimmy. Pudo hacerlo alguien más, y puede haber alguien tan listo como tú.

Jimmy sonrió un poco; centellearon sus ojos grises.

—Tal vez —dijo—. Como extraño, sólo puede decir que ha desaparecido Mike Parra. No sé si sabes que Mike era de los más significados de por allí.

—Lo sé. ¿Qué ha ocurrido con él?

—Ha desaparecido, Pandora. Lo siento, no sé más.

—¿Ni una sospecha?

—Bueno..., quizá más amplios horizontes, ¿no? Ahora, el rey de los golfos soy yo —sonrió Jimmy.

—Está bien. Comprendo que te sientas orgulloso, pero me interesa saber lo ocurrido con ese Mike Parra. ¿De acuerdo?

—Naturalmente.

—Bien, es todo. Cada uno de vosotros tiene una misión específica. Dado que necesito con urgencia vuestros informes, estaré en mi casa esta noche, a partir de las nueve. ¿Necesitáis dinero?

Eduardo y Tib negaron son la cabeza. Jimmy parecía vacilar...

Se rascó las sucias greñas.

—Bueno, yo he pensado que...

—Ve a la caja y toma cien dólares. Ni un centavo más.

Le tiró unas llaves, que Jimmy tomó al vuelo. Miró sonriente a Pandora, y dijo:

—Te adoro, Pandora. Dios...—apretó sus enormes puños—. Si alguien te hiciera daño... Si alguien...

—Vamos, vamos... Ya os podéis marchar. Recordad: a las nueve. Tú, Jimmy, deja la llave puesta en la caja.

Instantes después, Pandora estaba sola en el saloncito. Oyó a Jimmy moviéndose en el camarote, abriendo y cerrando la caja metálica donde ella siempre tenía algún dinero para emergencias. Oyó luego los pesados pasos de Jimmy que se alejaban. Por la cubierta, motores... Ruidos lejanos ya... Hasta que sólo quedó el rumor del mar.

Durante toda la mañana, Cordell Nathan había permanecido en el hotel, con la esperanza de que Pandora comunicase con él. Fue una mañana monótona, en la que el agente especial del F.B.I., tuvo que conformarse con mirar la playa a través de la ventana. Incluso almorzó en la «*suite*» y a eso de las cuatro, observando el colorido y el ambiente de la playa de Punta Hormigueros, decidió dejarse ver; provocar algo. Pandora lo mismo podía tardar una semana en hallar alguna pista valiosa.

A las cuatro y treinta minutos estaba en la playa, en el lugar menos concurrido, cerca de unas pequeñas rocas. Era impresionante la marea de mujeres bonitas que tomaban el sol sobre la dorada arena.

Sobre la azul superficie del agua se veían patines, lanchas con motor fuera de borda; principiantes del esquí acuático.

Crispados sus nervios por aquella inactividad, resolvió tomar un baño. El ejercicio le calmaría un poco.

Se dirigió hacia el agua y se zambulló. Nadó pausadamente, sumergiéndose de cuando en cuando.

Llevaba cosa de quince minutos en el agua, cuando vio la lancha que empezaba a dar vueltas en torno a él. Se sumergió y empezó a nadar hacia la orilla; realizó la operación un par de veces, y cuando su cabeza apareció en la superficie por tercera vez, la lancha estaba solo a dos yardas de él, silenciosa, avanzando por inercia.

—Vamos, suba.

Cordell Nathan respiró hondo. No había reconocido a Pandora,

con la gorra marinera recogiendo su larga cabellera negra. Vestía además unos pantalones blancos, muy pegados a las piernas, y un suéter azul, que modelaba su busto erguido, perfectamente formado.

El hombre del F.B.I., dio un par de brazadas hacia la lancha y un instante más tarde estaba sentado junto a Pandora, frente a los mandos de la embarcación. Pandora puso de nuevo la lancha en movimiento, acelerando la velocidad del motor. Cordell, silencioso, fumando el cigarrillo que le había ofrecido Pandora, observaba que se estaban alejando de la playa. Hasta que la lancha, unos minutos más tarde, se confundía con las docenas de embarcaciones varadas en el club de yates.

Pandora detuvo el motor y miró rectamente a Cordell a los ojos.

—¿Ha averiguado algo? —inquirió ella.

—Nada. Es evidente que no piensan preocuparse de mí. A nada les conduciría matarme, y, en cambio, ahorran un posible fallo. He perdido las esperanzas de trabar un contacto directo con ellos.

—Pues recóbreles, señor Nathan.

Cordell suspiró.

—¿Tan rápido, Pandora? —musitó.

—Bien..., espero no equivocarme —sonrió la joven espía—. Por lo pronto, le diré algo con respecto a los cadáveres de Herb Karpis, y de ese Utillas. Usted tenía razón en lo de Utillas: la autopsia ha revelado que se le envenenó. Nada de colapsos; fue un activo veneno. Es claro que la Policía se está moviendo por el hotel «Buenas» haciendo investigaciones, pero no creo que adelanten gran cosa. En cuanto a Herb Karpis, lo que llevaba en los bolsillos era lo corriente; nada del microfilm.

Cordell sonrió, un tanto perplejo.

—¿Se puede confiar en sus fuentes de información? —inquirió.

—Yo sí confío, señor Nathan.

—Ya..., ¿qué más? Esa información, por sí sola, no sirve de gran cosa, Pandora.

—No sirve de nada, en realidad, pero confirma su teoría de que a Utillas le mataron porque había sido descubierto. Y es claro, por tanto, que la organización de que se trate se mueve aquí, en Mayagüez. Y he averiguado bastante más, con respecto a cierta agitación política que se debe a la proximidad de la fecha en que

Puerto Rico deberá pronunciarse en algún sentido en cuanto a su independencia, o seguir como hasta ahora, o ser el cincuenta y uno Estado de la Unión. A este respecto destaca un tal Germán Yauco, que luchará por la independencia.

—Ya... ¿Con qué armas va a luchar? Me refiero si se limitará a actuaciones pacíficas; conferencias, propaganda..., ¿o bien piensa emplear la violencia?

—Si piensa emplear la violencia, o sea, cometer sabotajes, actos de terrorismo y demás, él lo oculta, es claro. Se supone que eso es lo que el F.B.I., debe descubrir, y evitar, naturalmente.

—¿Por qué aparece el nombre de Yauco? ¿No hay más sospechosos?

—Yauco tiene un historial algo accidentado —dijo Pandora—. Hace cosa de veinte años se fue a Estados Unidos; estuvo en Nueva York, Filadelfia, San Francisco, Los Ángeles... Se dice que Yauco ganó una fortuna allá, y que cuando consideró que tenía suficiente regresó a Puerto Rico. Quiere a Puerto Rico y desea su independencia total; se dice que no vacilaría en emplear toda su fortuna en conseguirlo. Al parecer, Yauco no se mueve ahora en ningún sentido. Se habla de él, pero no hace nada por la independencia de Puerto Rico. Por lo menos, no hace nada a la vista. Y eso me hace sospechar que se mueve subterráneamente.

Cordell asintió con la cabeza.

—Una sospecha lógica, Pandora —dijo—. Si ha afirmado que incluso gastar su fortuna en esa independencia, no tiene sentido que esté cruzado de brazos. Se entiende, entonces, que realiza algo ilegal. ¿Qué más sabe sobre Yauco? Bueno, antes permítame asombrarme un poco más por la rapidez y eficacia que observo en su organización, Pandora.

La mujer no hizo comentarios al respecto.

—Diga ahora qué más sabe sobre Yauco —pidió Cordell.

—Es armador de buques; tiene una flota bastante importante. Personalmente, sus actividades en el negocio son muy reducidas, según tengo entendido. Parece un hombre un poco cansado, y debe estar conservando energías para la lucha que posiblemente ha entablado. Vive en una quinta en Osborne Hills. Se le ve poco; parece un hombre moderado en sus cosas. Es soltero...

—No importa por ahora eso. ¿Se sabe si en Estados Unidos

realizó alguna actividad política?

—Yo lo ignoro.

—Está bien. ¿Tampoco sabe de dónde proviene su fortuna?

—No.

—Me ocuparé yo de eso, Pandora. ¿Algo más?

—Me faltan unos datos que espero proporcionarle esta misma noche después de las nueve.

—¿Me llamará al hotel?

—No, no... No quiero arriesgarme. Pese a todo, es posible que usted esté vigilado, y me interesa hacer las cosas bien. Por mi seguridad, se entiende. También por la de usted y por la de mis amigos. Después de las nueve, vaya al puerto, y cuando tenga la seguridad de que no le han seguido, alquila una barca de remo a un hombre llamado Jimmy. Y no se preocupe de más. Concretamente, vaya al puerto a las diez.

—Lo haré, Pandora. Comprendo mejor ahora el motivo de la ciega confianza del inspector Wade en usted.

Pandora se encogió de hombros.

—En realidad, yo no hago casi nada —dijo.

—Bien...

—Regresaremos a la playa, señor Nathan. Le dejaré allí.

—Está bien.

La lancha se puso en marcha y, poco después, se acercaba a la playa, cuando ya el sol caía con poca fuerza y habían desaparecido muchos de los parasoles y la mitad de las piernas bonitas.

—Hasta la noche, Nathan. Recuerde: a las diez —dijo Pandora.

—¿De veras tiene muchas cosas que hacer hasta esa hora? —inquirió Cordell.

Ella le miró a los ojos. Cordell comparó el azul de aquellas pupilas con el del mar. Al mar le faltaba mucho brillo para llegar a la altura de aquel azul de los ojos de Pandora.

Pandora fue sonriendo.

—Creí que no iba a decirme nada en ese sentido —musitó.

—Vaya... He debido parecerle bastante estúpido, ¿no es cierto?

—Oh, no... Un hombre con problemas. Lo comprendo. De todos modos, sí tengo algo que hacer: escuchar más informes. ¿Le parece mal?

—¿No podríamos hacerlo juntos? —sonrió Cordell.

—Podríamos, pero no es conveniente.

—¿Por qué razón?

Pandora se encogió de hombros.

—Ninguna especial —dijo—. Quizá un poco de... miedo.

Cordell Nathan alargó los brazos y rodeó la cintura de Pandora, que estaba sentada junto a él, frente al tablero de mandos. Ella no se movió; un ligero tono rosado apareció en su rostro; miraba serenamente a Cordell a los ojos.

—¿Me teme a mí, Pandora? —musitó Cordell.

—No.

—¿Entonces?

—A las diez —dijo Pandora.

—A las diez..., de acuerdo —suspiró Cordell.

No la soltó, sin embargo. Lo que hizo fue acercar sus labios a los de Pandora, y la besó largamente, sin que ella ofreciese resistencia alguna; es más, empezó a corresponder al beso cuando Cordell creía que estaba abusando. Se separaron, y Cordell la volvió a besar, inmediatamente, sin concederle tiempo para respirar. Luego, la soltó.

—¿A esa hora estaremos solos, Pandora? —inquirió Cordell.

—Posiblemente.

—Ya...

—Pero seguirá habiendo cosas que hacer —sonrió Pandora.

—Espero que sí. Sin embargo, uno no tiene por qué renunciar a los alicientes. La vida es corta, Pandora. Y más la nuestra.

—No me gusta la idea de morir —dijo, con una mueca, Pandora.

—No volveremos a mencionarlo, entonces.

—De acuerdo. Ahora, salta.

Cordell Nathan la volvió a besar. Inmediatamente después del beso, saltó al agua. Poco después, veía la figura erguida de Pandora, que se alejaba con el estruendo del motor de la lancha, dejando una estela de espuma.

El hombre del F.B.I., nadó hacia la arena.

—Inspector Wade al habla. ¿Algo nuevo, Nathan?

—Bastante, señor. Le felicito por lo de Pandora.

Se oyó una risa.

—Está bien, Nathan. ¿Algo en concreto?

—Por lo pronto, solicitaré informes urgentes a Washington sobre

un hombre llamado Germán Yauco. Es importante saber cuáles fueron exactamente sus actividades en U.S.A., puesto que regresó a Puerto Rico con una fortuna, que piensa gastar por conseguir la independencia de Puerto Rico. Al no realizar actividad visible alguna, sospechamos que está trabajando de modo ilegal.

—Ya... ¿Crees que es él quien compra las armas?

—Podría ser, ¿no?

—Claro... Solicitaré esa información, Nathan. ¿Algo más?

—A Utillas le envenenaron. Es evidente que mi plan tan bien preparado no surtió efecto a causa de que esa gente es desconfiada; poseen, sin duda, preparación. Imagino que Yauco sabe lo que hace en cuestiones de subversión y espionaje. Debe tener formada una red importante. Por lo pronto, conocemos algo de lo de Nueva York, y lo de aquí.

—Sí... No es gran cosa, no obstante. Carecemos de pruebas claras sobre su culpabilidad; aparte de eso, ignoramos si se trata realmente de armas lo que está tratando de conseguir.

—Yo no dudaría al respecto. Esperaremos, no obstante, los informes sobre ese hombre. ¿Podría ser esta noche?

—No depende de mí, Nathan.

—Ya... De todos modos, estaré a la escucha a partir de las doce de medianoche.

—De acuerdo, Nathan.

Y se cortó la comunicación.

Cordell consultó su reloj de pulsera; eran poco menos de las ocho y no le daba tiempo a efectuar una visita a la quinta de Germán Yauco. Por lo menos una visita con cierto sentido. Tendría que esperar un momento más oportuno y, de ser posible, actuar con ciertos conocimientos sobre Yauco y el terreno que iba a pisar.

Tenía tiempo, pues, para prepararse para aquella cita a las diez de la noche.

El hombre saltó de su escondite y corrió, atravesando la carretera, a oscuras, con el asfalto brillando bajo la luz de la luna. En aquellos momentos no transitaba nadie por allí, y Eduardo corría pegado a la cuneta, mirando hacia atrás. Que supiera, le seguían dos hombres, a pie, pero parecía haberles despiestado.

Distinguió la cabina telefónica de emergencia, situada a un lado de la carretera, alumbrada por una débil luz. Muy bien: esperaba

tener tiempo de comunicar con Pandora; aquello era bastante interesante. Cuanto antes lo supiera Pandora, tanto mejor. Unas zancadas más le dejaron, sudoroso, un poco desgredada su cabellera oscura, junto a la cabina. Miró en todas direcciones, inquieto, y, por fin, se introdujo en ella. Segundos más tarde estaba discando el número de teléfono de Pandora.

Miró la hora: ocho cuarenta y cinco.

Vio, a lo lejos, los faros de un coche, que se aproximaban velozmente. Se mordió los labios; no había por qué temer. Sus perseguidores iban a pie, y les había despistado.

De todos modos, se tensó su cuerpo, al ver que el coche perdía velocidad y se acercaba a la cabina. Se detuvo el coche, y dos hombres se apearon, uno de ellos llevaba algo en la mano, que Eduardo no pudo distinguir momentáneamente. Dejó de prestarles atención durante un segundo, al oír la respuesta de Pandora:

—¿Sí?

—Pandora...

—¿Ocurre algo, Eduardo?

—Sí, escucha. No estoy muy seguro de que pueda salir...

Los dos hombres estaban ya a una yarda de la cabina. Eduardo miró aquella lata que el tipo llevaba en la diestra. Luego, prestó atención al otro, que había abierto la puerta de la cabina. Eduardo, seguro ya de que iban por él, soltó el teléfono y se aprestó a la defensa. Llevó la diestra al bolsillo de la chaqueta, donde llevaba una automática. No obstante, cuando la extrajo, ya había recibido un terrible puñetazo en el mentón que le hizo tambalear, aturdido; el segundo golpe, en el estómago, le dejó inclinado hacia adelante. El tercero, aplicado con el canto de la mano en la nuca, le dejó de rodillas.

Luego, notó algo húmedo que le echaban sobre la cabeza, y corría por todo el cuerpo, empapándole.

Sacudió la cabeza; quiso incorporarse.

De súbito, algo se inflamó poderosamente en el interior de la cabina.

Toda la gasolina de la lata empezó a arder, vertida sobre Eduardo, cuyo chillido de terror, de dolor, hizo vibrar los cristales. Los rompía luego, al saltar, desesperado, y correr por la carretera, loco, gritando horrísonamente; se revolcó luego; desapareció la

llama un instante, para aparecer por las rocas, cerca del mar...

El tipo tiró la lata vacía y miró al otro.

—¿Vamos? —inquirió.

—Claro..., Me hubiese gustado saber a quién llamaba.

El otro se encogió de hombros.

V

¡EDUARDO! ¡Eduardo...!

Pandora estaba aferrada al teléfono y gritaba inútilmente.

Había oído cosas raras. Además, aquellos chillidos espeluznantes. Estaba muy pálida, contemplando el auricular.

—Eduardo, por Dios...

Nada.

En aquel instante, llamaban a la puerta de su diminuta quinta situada en Avenida de Mata Pascua, hacia el interior de la ciudad, lejos del puerto y de la playa. Un lugar tranquilo, con palmerales enfrente, que aquella noche el viento caliente doblaba más que nunca.

Pandora colgó el teléfono y fue a abrir. Antes, echó un vistazo al exterior y descubrió a Jimmy, que tenía los labios como si estuviera silbando. Abrió la puerta e hizo pasar rápidamente a Jimmy.

—Siéntate por ahí, Jimmy. Bebe algo si quieres. Tendrás que aguardar un momento.

—¿Ocurre algo, Pandora? Estás completamente lívida.

—Sí... Me temo que ocurra algo grave.

Y tomó el teléfono, discando un número rápidamente. Obtuvo la comunicación.

—¿Tib? —inquirió.

—Yo, sí.

—¿Puedes venir inmediatamente?

—Iré.

—Ahora mismo.

—Sí, descuida.

Pandora colgó el teléfono y se volvió hacia Jimmy, que se había sentado en un sofá de aquella salita y se había preparado un *whisky*. Miraba con admiración de perro a Pandora, que estaba

impresionante con el «*short*» rojo y la blusita simple, sencilla, ligada con un nudo sobre el estómago. Pandora encendió un cigarrillo y dijo:

—Algo malo le ha ocurrido a Eduardo, Jimmy. Me temo lo peor. Jimmy achicó los ojos.

—No puede ser, Pandora —dijo—. Eduardo...

—Déjate de tonterías. Eduardo, es claro, había descubierto algo importante en relación con este asunto. Y le han matado, Jimmy. Como a un agente del F.B.I., y como a un propio miembro de esa organización... Bien..., ¿qué puedes decirme, Jimmy?

—Nada, hasta esta noche, entre las diez y las once. He movilizado mis escuchas, y espero saber algo concreto sobre Mike Parra. Pero no sé hasta qué punto puede estar eso relacionado con lo de Eduardo... Mike, después de todo, sólo es un fanfarrón estúpido. Vamos, vamos, Pandora, yo no veo Mike metido en asuntos serios, de espionaje, por ejemplo. Mike es...

—Déjalo. Entérate de lo que sea, y luego ya veremos si sirve o no.

—Pues es todo, Pandora.

—Entonces, lárgate. Espera..., a las diez en punto llegará el hombre del F.B.I., buscándote. Le trasladas al yate y regresas en busca de esa información. Tan pronto la tengas, te reúnes con nosotros, ¿comprendido?

—Okay.

Y Jimmy se marchó de la quinta, desapareciendo discretamente. Pandora, mientras esperaba a Tib, cambió los «*shorts*» y la blusita por un vestido claro, con minifalda, y se peinó un poco, alisando sus cabellos negros. Cuando llegó Tib, le hizo pasar a la salita. Tib parecía un poco nervioso, a causa de aquella llamada intempestiva.

—¿Qué ocurre, Pandora? Este mediodía te dije todo lo relativo a los cadáveres de...

—Se trata de otra cosa. Estoy segura de que han matado a Eduardo. Iba detrás de Yauco, ya sabes. Ignoro dónde puede encontrarse el cadáver de Eduardo, pero alerta a la Policía. Di que ha sido una llamada anónima, cualquier cosa que se te ocurra. Además, busca en los archivos, y comunícame lo que haya sobre Yauco.

—Pero los archivos...

—Por favor, Tib, un policía tiene acceso a ellos, ¿no es cierto?

—Bien... Pobre Eduardo...

—Vamos, vete.

—¿Dónde estarás?

—Es cierto..., me encontrarás en el yate. Allí estaré con el hombre del F.B.I.

—De acuerdo, Pandora. ¿Te vas ahora mismo?

—Desde luego.

—Puedo llevarte a...

—No, no... Ya sabes que no quiero arriesgar nada. Sólo lamento que hayan descubierto a Eduardo...

—Y algún día nos descubrirán también a nosotros, Pandora. Algún día tropezaremos con una organización más fuerte que la nuestra... Puede ser esta vez, incluso...

—¿Tienes miedo? —inquirió, secamente, Pandora.

—Habla la sensatez, Pandora...

—No tengo tiempo de escucharla. Vamos, vete. En cuanto puedas, te largas al yate. Andando.

Tib dejó sola a Pandora. Y poco después, ésta, cuando eran algo más de las nueve, salía de su quinta, convertida en Juanita Arroyo, la sensual bailarina de ritmos tropicales. Claro está, aquella noche la encontrarían a faltar en el «Café Caribe». George, el dueño del café, la informaría luego sobre lo ocurrido en su ausencia.

El hombre caminó tranquilamente, haciendo tiempo para llegar al puerto a las diez, con toda puntualidad. Dio unas vueltas por los tinglados y por los embarcaderos, fumando distraídamente, y, en realidad, observando si era cierto que aquella organización no se preocupaba de él.

Hasta el momento, todo indicaba que le habían dejado desplazado.

Cuando en su reloj eran las diez en punto, y tras haber efectuado una discreta averiguación, Cordell Nathan se dirigió rectamente hacia el viejo muelle donde estaban varadas la mayoría de las barcas de remos; barcas sucias, pestilentes; se veían brasas de cigarrillos en cubierta; sonaba un transistor, con una de Sammy Davis... Se veían muchas luces difuminadas por toda la bahía; destacaba poderosamente el blanco limpio de algunos yates, con luces de fiesta en cubierta.

Cordell bajó unos peldaños de madera vieja que conducían al amarradero que ocupaba Jimmy. Y allí estaba la barca; no era grande; se podía ir a remo cómodamente en ella. Había un candil encendido, pero no parecía haber nadie allí. Cordell se acercó más, puesto que el candil apenas iluminaba parte de popa; allí estaba la cabina, pequeña, en el centro de la nave.

El hombre del F.B.I., saltó a la barca y echó un vistazo.

Nada.

Miró también en la pequeña cabina, con el mismo resultado.

Dio unos pasos y se sentó en la borda, reflexionando. Aquel Jimmy aparecería de un momento a otro. Hasta el momento, no estaba demostrado que Pandora cometiera fallos; se podía confiar en ella. Decidió esperar allí la aparición de Jimmy. Encendió un cigarrillo, cuya brasa guardaba en el hueco de la mano, y fumó. Luego, echó el cigarrillo al agua. Jimmy se estaba retrasando demasiado.

Se puso en pie, empezando a desconfiar de que todo fuese a salir bien aquella noche.

Entonces, vio al tipo que avanzaba por el muelle, y parecía dispuesto a bajar aquellas escaleras de madera y llegar al embarcadero de Jimmy. El agente del F.B.I., tras una rápida reflexión, decidió utilizar la pequeña cabina para ocultarse.

Se metió en ella, completamente a oscuras, esperando.

Achicó los ojos, al ver que el tipo se acercaba cautamente a la barca.

—Jimmy... Jimmy...

Rezongó algo más y saltó a la barca.

—Eh, Jimmy..., no juegues, maldita sea...

El tipo avanzó hacia la cabina y asomó la cabeza; dos manos le agarraron entonces por el cuello, tirando del tipo hacia el interior. Las manos le soltaron el cuello, pero fue para algo peor que eso. Recibió un corto en el estómago que le hizo resollar, sacando con el aliento la mayor parte del *whisky* que había ingerido. Luego, un bofetón le dejó sentado en el suelo, aturdido, sin la menor idea de lo que estaba ocurriendo. Y apenas veía a aquel tipo alto, fuerte, de duros puños.

—Pero... ¿qué diablos le ocurre a usted? —Gruñó él tipo—. ¿Se puede saber...?

—Calla. ¿Qué pasa con Jimmy? ¿Dónde está? ¿Para qué le buscas?

—Tengo algo que decirle. Es mi amigo. Usted métase las manos en los bolsillos, maldito...

Cordell miró fijamente a aquel hombre, cuyo rostro no podía distinguir bien. Sin embargo, por simple lógica, aquel tipo no sabía dónde estaba Jimmy. Además, todos aquellos tipos eran unos simples granujas sin importancia. Jimmy podía estar con una chica, o emborrachándose.

—Está bien —dijo Cordell—. Levántese.

Para hacerlo, aquel hombre apoyó las manos en el suelo. Su diestra quedó sobre algo extraño; resultaba un contacto conocido, pero el tipo, para identificarlo totalmente, lo agarró con los dedos y lo alzó, con el ceño fruncido. Un instante después, de la garganta de aquel hombre escapaba un chillido de terror. Aquello que había estado sosteniendo en la diestra cayó al suelo. Se puso violentamente en pie, temblando, con los ojos casi desorbitados, tratando de huir de allí.

—Quieto —dijo, secamente, Cordell, pegándole de nuevo en el estómago. Le empujó hacia la pared de madera y el tipo quedó allí, encogido, gimiendo, ocultándose los ojos con las manos.

Cordell, muy pálido, echó un vistazo a aquella cabeza que durante unos instantes había sostenido aquel tipo en el aire, agarrada por los cabellos.

—¿Es Jimmy? —inquirió el agente del F.B.I.

El tipo asentía con la cabeza, con movimientos convulsos.

—De acuerdo. Dime a mí lo que tenías que comunicarle a él.

—Oiga..., yo..., yo no estoy aquí un segundo más...

—Quieto, estúpido. Aunque te parezca increíble, éste es por el momento el lugar más seguro para nosotros dos. Serénate. Fuma un cigarrillo. Y explica lo que sea.

—Pero... ¿quién es usted?

—Yo era amigo de Jimmy.

—No sé...

—Te recomiendo que no pierdas tiempo.

El tipo encendió el cigarrillo que le había ofrecido Cordell. En ningún momento volvió a mirar aquella cabeza que reposaba en el suelo.

—Bueno, es sencillo, en realidad —dijo—. Jimmy me pidió que averiguase cuanto pudiera sobre un tal Mike Parra. Jimmy es un buen amigo, y le prometí hacerlo. El caso es que he tenido mucha suerte; sencillamente, las cosas han ocurrido así: Mike Parra, que había estado ausente del puerto y su zona, ha aparecido. Le he visto no hace ni diez minutos en un bar de la calle Nueve, a doscientas yardas de aquí. Mike está hecho el mismo fanfarrón de siempre, y no parece que haya cambiado nada durante su ausencia.

Cordell desconocía por completo lo de Mike Parra, pero si Jimmy buscaba por orden de Pandora, y Jimmy había sido asesinado por ese mismo motivo, no había por qué perder demasiado tiempo.

—Vamos —dijo.

—¿Adonde? —aulló aquel tipo.

—A ese bar de la calle Nueve.

—Oiga, yo...

—Tú solo tienes que mostrarme quién es Mike Parra. Luego, te esfumas.

—¿Está seguro de que me dejará marchar?

—Claro que sí. Andando.

Abandonaron la barca, y poco después estaban en el muelle, caminando por los lugares más oscuros, hasta que atravesaron las vías del ferrocarril, penetrando en la zona de las estrechas calles portuarias.

Un minuto más tarde, estaban en la calle Nueve. Aquel tipo señaló un antro anunciado con letras azules: «El Romano».

—Allí es —dijo.

—De acuerdo. Señálame a Mike Parra.

—Oiga, mire... Es un tipo rubio, con el cabello rizado; ojos azules. Hoy viste un traje blanco y corbata floreada. Es inconfundible, por lo menos ahí dentro. Ahora, yo me largo.

—Espera.

—Usted dijo...

—Espera, hombre. Ocurre que Jimmy tenía que llevarme a un lugar; a una reunión. ¿Tú eras muy buen amigo suyo?

—El mejor. Y ya sé. Jimmy ha llevado a veces gente al «Pandora». Es un yate pequeño, pero nuevo, muy limpio. Está a doscientas yardas fuera del puerto. Pero... no tenía que habérselo

dicho. Jimmy me retorcería el cuello si viviera... Pobre Jimmy. Todos esos del yate son amigos de Jimmy, y puede que usted les perjudique...

—En absoluto. ¿Quieres hacer algo por Jimmy y sus amigos?

El tipo entornó los ojos.

—¿Qué? —Gruñó.

—Llevarme al yate.

—¿Yo?

—Sí, diablos. A Mike Parra y a mí. Anda, toma... —Le dio diez dólares—. Vete al muelle y alquila una lancha. Nos esperas allí. Mike y yo no tardaremos mucho en aparecer. ¿Okay?

—Si hay que hacerlo por Jimmy...

—Claro que sí. Largo ahora. Cuidado con los malos pensamientos.

El tipo se largó a la carrera.

Y Cordell Nathan, antes de entrar en el antro, echó un vistazo a través de los cristales. Tonterías: no se veía absolutamente nada. Aquella luz rojiza, muy tenue... Luego, abigarramiento, eso sí. Y humo, atmósfera, música... Había baile; había parejas en las mesas, en la barra. Era de la categoría del «Caribe», pero mucho más pequeño; allí se aglomeraba todo en una sola sala.

Cordell Nathan distinguió a Mike Parra a los dos minutos de haber penetrado en el local. Mike Parra estaba con una morena ampulosa, bastante joven, con una boca muy roja, que le gustaba pegar a la de Mike. Le estaba besando incansablemente, y Mike sonreía; ella le miraba con una clarísima expresión; le runruneaba, se pegaba a él... Mike, de cuando en cuando, descansaba de los besos para beber.

De pronto, apartó a la morena y saltó del taburete. Ella quería retenerle, pero Mike negaba. Mike extrajo un rollo de billetes, dejó un par sobre la barra y otros cuántos en el escote de la morena.

Cordell Nathan, entonces, caminó hacia la salida del local.

Desde la calle, se podía ver un retazo de puerto, con sus luces; las únicas luces en aquella zona, aparte del luminoso de «El Romano».

Mike Parra salió a la calle. Elegante, fuerte, joven.

—¿Parra?

Quedó clavado en la estrecha acera de la calle Nueve.

—Soy yo, sí —dijo, despacio.

—Echa a andar hacia el puerto.

—Oiga...

Fue empujado por Cordell, y Mike echó a andar. Al llegar a la esquina, quiso revolverse, pero la pistola que empuñaba Cordell le destrozó la boca de un salvaje golpe, aplicado sin el menor miramiento. Cordell no pronunció una sola palabra más de advertencia. Ni una sola. Le pegó el segundo golpe en el cuello y le empujó de nuevo. Mike Parra, jadeando, tambaleándose, echó a andar.

—Lo..., lo pagará...

—Tú morirás antes que yo, Parra.

—Creo que...

—Ni una palabra más. Conozco un lugar en el que podremos hablar tranquilamente. Un yate. El «Pandora».

El tipo se detuvo en seco. Se volvió, con los ojos muy abiertos.

—Oiga..., es... Usted no puede... Yo no iré a ese yate... No, no... Dispáreme aquí mismo si quiere, pero yo...

Cordell, asombrado, le interrumpió:

—Camina. Ya hablaremos.

VI

EH, patrón...

Cordell distinguió la silueta del amigo de Jimmy; era un tipejo escuchimizado, con cara de rata. Sus ojos se movían mucho, como si constantemente estuviera aterrado. Vestía ropas claras, sucias, arrugadas, y llevaba barba de varios días. Estaba en pie sobre la cubierta de una lancha con motor fuera de borda. Hacía señas a Cordell, quien, siempre detrás de Mike, avanzaba hacia allí: Tuvo que asestarle un pescozón a Mike y empujarle hacia la lancha. Y el tipejo, al ver a Mike, achicó los ojos. Su rostro adquirió una expresión verdaderamente cruel; le tendió a Mike la zancadilla cuando saltaba, y el rubio cayó de bruces, como un fardo; quedó sobre cubierta, maldiciendo. Y el tipejo, se llamaba Berto, reía entre dientes.

También saltó Cordell, y dijo:

—Adelante. Hacia el yate.

—Seguro, patrón...

—¡Un momento...! Un momento... —jadeó Mike—. No..., no podemos ir hacia allá... Us-ustedes no saben...

Cordell le miró con fijeza.

—¿Qué es lo que hay que saber? —inquirió.

—Bien..., es peligroso...

—Di lo que sea, Parra. De lo contrario, corres el riesgo de acabar como Jimmy. ¿Sabes lo ocurrido?

—Le..., le han matado, ¿no?

—Pues sí. Pero han hecho algo más. Le han decapitado. Tenemos la cabeza, pero imagino que resultará difícil rescatar el cuerpo. Bien, eso mismo podría ocurrirte a ti. No esperes más, tú: pon esto en marcha.

—¡Espere!

S-si...

si nos acercamos al yate, volaremos... Volaremos todos... Han sido colocadas dos minas pegadas al casco... No tardarán en producirse las explosiones... ¿Comprenden? Es un suicidio acercarse al yate.

Cordell Nathan estaba rígido en aquellos momentos; su rostro parecía una escultura de piedra. Sus grises pupilas estaban clavadas en los ojos de Mike Parra, quien empezaba a asustarse de veras. Berto miraba a ambos, no muy seguro de que aquella gente estuviera disfrutando de una normalidad mental.

—¿Estás seguro de eso, Parra? —inquirió Cordell.

—¡Claro que sí! No sea loco...

—Tú, vamos, ¿qué esperas? Hacia el yate.

Berto meneó la cabeza.

—Ni hablar.

—Pues salta. Vamos, salta y lárgate de aquí. ¡Fuera!

Berto estaba a punto de hacerlo, cuando recordó lo que poco antes había tenido en su mano derecha. Verdaderamente, Jimmy había sido siempre muy bueno con él. Jimmy era generoso, simpático... Jimmy le había hecho grandes favores... Y si él podía hacer algo por vengar a Jimmy, ¿qué diablos? Y si aquel tipo, el guapetón aquel se mostraba valiente, él podía hacer lo mismo. Además, por el camino vería sudar de terror a Mike Parra, al maldito fanfarrón del infierno...

—Voy allá —gruñó Berto.

Se sentó frente a los mandos y la lancha pareció saltar. Inició una marcha loca bahía adentro.

Mike Parra trató de ponerse en pie y saltar por la borda, pero un puntapié de Cordell en una sien le dejó tirado, roncando, sin conocimiento.

—Más rápido —gruñó luego Cordell.

—Para volar siempre estamos a tiempo, patrón...

—Cállate ahora.

—Sí...

Dos minutos después:

—Aquél es el yate, patrón.

—Reduce la velocidad y pégate a él.

—Debo estar completamente loco...

Berto obedeció, no obstante.

—Vamos, vamos... Acércate a las escalerillas. Otra cosa: si Mike despierta, atízale. Es la forma de que no te cause complicaciones. De todos modos, no tardo. ¿Okay?

—Sí... Si despierta, le atizo...

Cordell Nathan saltó hacia las escalerillas; ni siquiera las utilizó de un modo normal; se había agarrado al último peldaño y se izó a pulso, saltando inmediatamente por encima de la borda. Vio luz abajo, en la zona de los camarotes; corrió hacia el portante de entrada.

—¡Pandora! ¡Pandora...!

Salvó los peldaños metálicos en dos saltos y corrió hacia el salón. Allí estaba Pandora, fumando un cigarrillo, con expresión de perplejidad; con su minifalda, con los ojos azules un tanto ingenuos en aquellos instantes. No se movió.

—¿Puede saberse...? —empezó.

—Hay que abandonar el yate inmediatamente. Hay dos minas pegadas al casco y estallarán de un momento a otro. Vamos.

La agarró de una mano y tiró de ella. Pandora captó inmediatamente la gravedad de la situación y corrió ágilmente, por delante de Cordell. Poco después estaban en cubierta, y Cordell guió a Pandora hacia el lugar donde estaba la lancha.

—Salta —dijo Cordell.

Pandora saltó, se agarró a las escalerillas, y poco después pisaba la cubierta de la lancha. Observó aquellos dos rostros; muy tenso el de Berto y lívido y sudoroso el de Mike, que se había recuperado y dejaba escapar continuos balbuceos de su boca. Silbó su respiración, mediante un suspiro de alivio, cuando también Cordell saltó a la lancha, que zozobró, puesto que antes de que los pies de Cordell tocaran la cubierta ya estaba en marcha, con el motor roncando a toda potencia y Berto pegado a los mandos, mirando hacia atrás de cuando en cuando.

Fue a los veinte segundos de haber salido de allí.

Fueron dos atronadoras explosiones, con diez segundos de diferencia entre la primera y la segunda. Luego, llamas, cascotes, una tromba de agua; salpicaduras. Posteriormente, el incendio del yate, que iba a pique rápidamente, mientras por el aire aún volaban algunos restos, que chapoteaban luego en el agua. Había cesado el efecto de la potente llamarada y se notaba cierta agitación en la

bahía. La lancha conducida por Berto había zozobrado con cierta violencia, pero el tipo la sacó a buen puerto, y se volvió, mirando a Cordell, en espera de instrucciones.

—Modera la marcha y ve hacia la playa —dijo Cordell.

—Bien, patrón.

Entonces, Cordell se sentó en cubierta, junto a Mike Parra, mientras Pandora, en pie, les contemplaba a ambos, no repuesta aún de la impresión; mordiéndose los labios.

Las luces de Mayagüez estaban bastante lejos; encima sólo tenían la luna y miles de estrellas. En torno y debajo, agua. Sólo agua, que parecía algo negro y amenazador, pese a la juguetona espuma que formaba la cresta de las tranquilas olas.

—Bueno, basta ya. Frena —ordenó Cordell.

La lancha detuvo el sonido, e inmediatamente se hizo perceptible el fragor calmo del mar.

Berto, Pandora y Cordell, estaban mirando a Mike Parra.

—¿Estás dispuesto? —inquirió Cordell.

Mike apretó los labios.

—¿Qué ha ocurrido con Jimmy? —inquirió, con voz débil, Pandora.

—Está muerto. Le decapitaron. ¿Por qué, Mike? Os enterasteis de que Jimmy se interesaba por ti, ¿no es cierto? Jimmy olía algo, y era preciso eliminarle. Por otra parte, Mike Parra debía dejarse ver para que nadie sintiera mayor curiosidad. Bien, ¿qué es de tu vida, Mike? ¿Dónde andas metido? —inquirió Cordell.

—No lo sé...—susurró Mike.

—No voy a tener compasión. ¿O acaso has oído hablar de la compasión de los espías? Suena a ridículo, ¿no es cierto?

—Us-ustedes...

—¡No vamos a hablar de nosotros, sino de ti! —estalló Cordell, y cruzó con un rudísimo revés el rostro de Mike, con el cañón de la pistola—. Empieza, Mike. Cuenta toda la historia.

—Hay poco que contar...

—Lo que sea.

—Yo... recibí una oferta, y acepté. Eso es todo, en síntesis.

—No quiero resúmenes. Necesito al máximo detalle todo. ¿Qué clase de oferta? ¿Quién te la hizo? Ignoras que estás en un mal paso de verdad, Parra. Por lo pronto, si sales bien de aquí, de esta

lancha, serás trasladado a San Juan, donde el F.B.I. se ocupará de tu asquerosa carroña. ¿Vas comprendiendo? Pero si prefieres morir aquí, a mí no me importa, y nadie se va a enterar.

—Apenas sé nada...—gimió Mike Parra—. Fue un tipo llamado Younger; eso dijo, al menos. Dio conmigo; dijo que había hecho una selección de tipos, y que yo le interesaba. Se trataba de ganar dos mil al mes por no hacer casi nada. Dos mil al mes, ya entiende... Y fui con él.

¿Adónde?

—Bueno..., tonterías: nos llevaron a un campo, y allí realizamos prácticas de guerra.

Destacaba el rostro lívido de Cordell en la oscuridad. Dirigió una mirada a Pandora, y observó que ella comprendía todo el alcance de aquella confesión. Los ojos de Cordell guiñaban nerviosamente cuando volvió a fijar su mirada en Mike Parra. Éste se había encogido. En verdad, por el aspecto, aquel tipo no parecía tan duro...

—Prácticas de guerra...—susurró Cordell—. ¿Cuántos hombres? ¿Dónde? ¿Quiénes son los instructores? ¿Quién financia esa base de adiestramiento? ¿Con qué armas contáis? ¿Por dónde llegan? Vamos, vamos...—se calmó un poco, súbitamente—. Dios..., ¿no lo entiendes, basura? Una cosa es que te dediques al pillaje en el puerto y a fanfarronear con esas estúpidas lloronas que son capaces de entregar el alma por..., por... Una cosa es eso, y otra muy distinta aceptar como un hecho sin importancia la formación de una base de entrenamiento militar... ¿O no es eso, imbécil? ¿Sabes qué va a ocurrir si eso se confirma? ¿Lo sabes?

—Yo..., yo..., Eran dos mil dólares al mes...

—¿A cambio de qué? ¿Por qué ese adiestramiento militar? ¿Cuál es vuestro objetivo?

—¡No sé! ¡No sé nada...! ¡Sólo hace dos semanas que estoy allí! ¡Nadie da explicaciones...! ¿No lo entiende? Yo, allí, soy un simple soldado. Bueno, algo así... Yo corro, disparo con subfusil, lanzo granadas..., hago lo que me ordenan, simplemente. Lo único que he notado es que se utiliza el entreno de los «marines» U.S.A., y en parte las mismas armas; el mismo tipo, quiero decir... Tenemos nuestras horas de trabajo, y luego nos recluimos. Eso es todo...

—¿Dónde?

—En los Altos de Villalba; como a quince millas de Mayagüez.

—¿Qué más hay allí?

—Bah... Nada. Y a simple vista no se nota que haya allí un campamento militar.

—¿Has vuelto a ver a Younger?

—No.

—¿Quiénes son tus jefes en el campamento?

—Yo sólo tengo tratos con un sargento cubano.

—Ya... Vamos, Mike, ¿qué más? ¿Qué sabes de la recepción de las armas?

—Nada, maldita sea...

—¿Has oído mencionar a Utilas?

—No.

—¿A un tal Yauco?

—No, no, no... Allí sólo hablamos de chicas.

—¿Y ésa es toda la responsabilidad que sientes de ser hombre, imbécil?

—Oiga...

—Cállate.

Cordell Nathan se puso en pie, extrajo el paquete de cigarrillos y se colgó uno entre los labios. Vio a Berto ofreciéndole fuego y dejó el paquete de cigarrillos en sus manos. Luego, miró a Pandora, que parecía bastante abatida.

—Tú conoces a los dos hombres que colocaron las minas en el yate. Parra —dijo Cordell.

—Bueno..., en los Altos de Villalba se me ordenó que acompañara a esos dos tipos, para identificar a Jimmy, quien se estaba preocupando mucho por mí. Yo lo hice; me limité a cumplir una orden. Me enteré de sus planes por el camino. Pero, respondiendo a su pregunta más concretamente, debo decir que no les había visto antes... Oiga, ¿sabe?, me produjeron la impresión de ser unos expertos comandos. Bueno..., quiero decir que me parecieron tipos capaces de realizar cualquier operación lo mismo en tierra, en mar o en aire... Tipos duros, perfectamente capacitados. Llevaban equipos de hombres-rana. Es cuanto sé de ellos. Pero no de dónde salieron, ni a dónde iban finalizada su operación... Incluso llegué a sospechar que además de esa base de adiestramiento en los Altos de Villalba existen otras, o por lo menos

otra, dedicada a especialidades... Algo de eso, no sé si entienden...

Cordell sonrió breve, torcidamente.

—Sigue hablando, Parra —dijo.

—No puedo decir nada más... Es absolutamente todo cuanto sé.

—¿Tus compañeros en la base son portorriqueños?

—No todos. Hay cubanos, un búlgaro, dos chinos...

—Ya... ¿Qué ocurriría si no regresas?

Mike hizo un gesto agrio.

—¿A mí qué me importa? —graznó—. No lo voy a pasar peor porque ellos me declaren desertor.

—No pregunto qué te ocurrirá a ti, sino de un modo general. ¿Qué harán cuando noten tu ausencia?

—¿Cómo voy a saber eso?

—Está bien... Pandora, ¿conoces algún lugar seguro para Parra?

—Tal vez el «Café Caribe». George es un buen amigo mío.

—De acuerdo. Vamos para allá, tú.

Berto puso en marcha el motor.

Diez minutos más tarde, regresaban al puerto, alejándose de aquella zona, copada por la Policía y lanchas de los Guardacostas. Fueron hacia un embarcadero en desuso, solitario; cesó el rugido del motor de la lancha, que se acercó lentamente al muelle. Ya estaban todos en pie, esperando el momento de saltar a tierra firme. Berto se ocupó de lanzar la amarra, y la lancha se detuvo.

—A tierra —gruñó Cordell.

Mike Parra se puso en pie.

Y nadie había visto aquello; como si las aguas negras se abrieran, para dejar paso a una figura maciza, negra, como un pez monstruoso, de brillante caparazón. Luego, se oyó un siseo. Y un chasquido escalofriante. El grito de Mike Parra fue corto, agónico. Estaba en pie sobre cubierta, arqueado, pretendiendo llegar con sus manos a la espalda, en cuyo centro estaba profundamente clavado un arpón. Mike tardó unos segundos en caer de bruces.

Justo cuando asomaba el segundo monstruo de negro caparazón brillante, Cordell Nathan se había arrojado sobre Pandora y ambos se pegaron a cubierta cuando se oía el silbido, como si fuese obra de una monstruosa y legendaria serpiente de mar. Aquella vez, el arpón encontró el pecho del infeliz Berto, quien aún no había reaccionado, y se había limitado a mirar con incompreensión y

asombro el arpón que asomaba por la espalda de Mike Parra.

Cuando Berto cayó muerto hacia atrás, chapoteando en el agua y hundiéndose rápidamente, Cordell asomó por la borda, con la Luger en la diestra.

Fue inútil recorrer con la vista la superficie del agua.

Y el miedo se convertía en sudor, en agarrotamiento.

Pandora, debajo de Cordell, temblaba ligeramente; se mordía con fuerza los labios y se esforzaba por mantenerse serena.

Oyó:

—Vamos, Pandora. Han gastado su munición... Dios..., es increíble. Han estado vigilando... Han debido estar controlando el puerto en todo momento... Ha sido un error regresar aquí... Por otra parte, Mike tenía razón: uno diría que se enfrenta a un ejército perfectamente organizado, y eso me sugiere muchas cosas.

Tiró de ella, saltaron a tierra y echaron a correr.

Se perdieron entre las vías del tren.

VII

INDUDABLEMENTE, se trataba de un golpe de audacia regresar al hotel «Las Marías». Pero sólo así el agente del F.B.I. Cordell Nathan podía ponerse en contacto directo, sin interferencias, con el inspector Wade. La comunicación no sería motivada tan sólo por cambio de informes, sino que Cordell pensaba lanzar un S.O.S., que movilizaría a buena parte de la Policía de Mayagüez, y a la Delegación del F.B.I. en San Juan en peso.

Sin tropiezos, sin que nadie reparase de un modo especial en él, Cordell se había metido en su «*suite*». Solamente encendió la luz tenue de la lámpara de la mesita de noche, y dejó conectado el emisor-receptor. Luego, fue hacia el mueble-bar y tomó dos vasos, una botella de *whisky* y soda. Lo dejó todo sobre la mesita de noche y luego echó un vistazo al exterior; un vistazo a fondo comprobando, en primer lugar, que en la terraza no había nadie. Corrió las cortinas y examinó algún otro punto de entrada a la «*suite*», que no fuese la puerta principal o la terraza.

No había motivo para preocuparse de aquel aspecto.

Encendió un cigarrillo y se sentó en un sillón, a la espera.

Sonrió cuando oyó la llamada en la puerta de la «*suite*». Se puso en pie, fue a abrir y, un minuto más tarde, con la puerta de la «*suite*» ya cerrada, tenía entre sus brazos a Pandora.

Después de besarla largamente en los labios, Cordell respiró con fuerza.

—¿Todo bien? ¿No te han visto? —inquirió.

—No..., no creo.

—De todos modos, hubiese preferido que te quedaras con George. El «Café Caribe» es tu ambiente; allí tienes fuerza. Aquí...

—Cordell..., lo he perdido todo —musitó Pandora.

—Lo siento... Creo que conocerme no te ha traído buena suerte.

—No digas eso...—susurró Pandora.

Y le besó. Pegándose a él; estrujándose contra el durísimo cuerpo del hombre del F.B.I. Cuando se separaron, Cordell empujó suavemente a Pandora hacia el interior de la «suite». La siguió con la mirada, sorprendido una vez más por aquella figura juvenil, con aquella minifalda graciosa, que dejaba parte de sus bonitas piernas al descubierto; aquella cabellera negra y lisa, sobre la espalda... Ella se sentó en un sillón y tomó su vaso de *whisky*.

—Por nosotros, Cordell —musitó.

—Sí... Pandora...

—Oh, no te preocupes por mí, Cordell. Es cierto que mi red ha sido destrozada, y..., y aún no lo entiendo. Habrá que reconocer que nos estamos enfrentando a una organización verdaderamente poderosa. De todos modos, yo me reorganizaré, aunque no sea fácil suplir a Eduardo y a Jimmy... Eran realmente eficaces...

Cordell la miraba con fijeza a los ojos. No se había sentado. Se acercó hacia ella y se inclinó un poco, tomando el fino rostro de Pandora entre sus manos. La miró larga y fijamente a los ojos.

—Pandora..., ¿piensas reorganizarte? ¿Piensas seguir así? —musitó Cordell.

—¿Por qué no?

—No sé... Creí que podías haber pensado que necesitas algo más que esto... Siempre he creído que a medida que vamos conociendo las cosas las vamos necesitando... Cosas que hace unos años ni siquiera se conocían, son indispensables ahora... Ocurre eso con el amor; se necesita, es indispensable cuando se conoce... Bien..., ¿o no has conocido el amor?

Ella sonrió dulcemente.

—Si el amor es sufrir ante la idea de que tenemos que separarnos, sí lo he conocido —susurró Pandora.

Cordell se irguió.

En aquel instante, antes de que pudiera abrir la boca, se produjo la llamada desde San Juan. Se abalanzó hacia su emisor-receptor y dio la señal.

—Nathan al habla —dijo.

—Atiende, Nathan; es sobre Germán Yauco.

—Adelante, señor.

—Es ingeniero aeronaval; estuvo empleado en algunas empresas

importantes de aquí, ejerciendo su cargo. Nada de lo que hizo justifica que haya ganado una fortuna. Por tanto, hay que suponerle actividades ocultas, que bien pudieran ser subversión o espionaje; desde los cargos que ha ocupado supongo que sería una tentación para él; además, no conocemos su ideal político. Quiere la indecencia de Puerto Rico, pero no sabemos en beneficio de qué, o de quién. A grandes rasgos, eso es lo que hay, Nathan. Posiblemente podamos ampliar en breve. Se está investigando ahora cerca de las personas que conocieron a Yauco, o que tuvieron alguna relación con él, algo más que superficial, ¿comprendes?

—Sí... Pero creo que no podemos perder el tiempo en espera de una ampliación de informes. Aquí se han desatado una serie de acontecimientos que, por el momento, le ha costado a Pandora perder su organización. En cuanto a lo descubierto, es sustancioso: Yauco está financiando bases de adiestramiento militar. Ha reclutado mercenarios, y los entrenan especialistas. Por el momento, puedo afirmar que tiene una base de infantería, y otra de comandos. Puede haber más.

—Eso es grave, Nathan... —musitó el inspector Wade.

—No cabe duda, señor.

—¿Conoces el emplazamiento de esas bases?

—La de infantería, sí: los Altos de Villalba. Naturalmente, está camuflada.

—¿Nada más?

—Por ahora, no.

—Ya... Hay noticias, Nathan: el enlace de Nueva York ha sido detenido cuando trataba de abandonar el país. Hasta el momento, se ha negado a hacer declaraciones. Pero... eso va a precipitar los acontecimientos, ¿no crees?

—Estoy seguro, señor. Y más después de lo ocurrido aquí.

—¿Quieres decir que corremos el riesgo de que Yauco se esfume?

—Si es inteligente, y se supone que lo es, tratará de ocultarse.

—Ya...

—Voy a actuar, señor.

—¿Cómo, Nathan?

—De la única forma posible para evitar mucha sangre. Tenga en cuenta que para destruir esas bases y capturar a la gente de Yauco

vamos a tener que recurrir incluso al Ejército.

—Me temo que sí...

—Entonces, trataré de ganar la batalla por otro lado. Tendrá noticias mías esta madrugada..., espero.

—¿Qué te propones hacer?

—Tengo que estudiarlo detenidamente, señor.

—Bien...

—Comunicaré, como le digo, a la madrugada.

—De acuerdo. Corto.

Cordell Nathan cortó también la comunicación y permaneció unos instantes inmóvil, pensativo, al parecer completamente olvidado de Pandora, que le observaba en silencio. Luego, la joven espía encendió dos cigarrillos y ofreció uno al hombre del F.B.I., quien empezó a fumar nerviosamente, con cierta impaciencia.

—¿Qué piensas hacer, Cordell? —inquirió, por fin, Pandora.

Él la miró. Recordó entonces que antes de la comunicación del inspector Wade estaban hablando de amor. Sonrió levemente, pensando que no era el momento más apropiado para seguir con aquello. Lo cierto, sin embargo, era que todo invitaba a sentarse junto a Pandora en el sofá y aprovechar un poco esos días de vida con que cada uno cuenta al nacer.

—Voy a necesitar ayuda de nuevo, Pandora —dijo, de pronto.

—¿Qué clase de ayuda?

—La que sea. Por lo pronto, veamos si puedes decirme algo sobre la quinta de Germán Yauco.

—No entiendo... ¿Quieres saber si conozco la quinta?

—Sí...

—La he visto por fuera; ignoro la distribución. Pero es posible que pueda seguir colaborando contigo. Aún tengo unos restos de mi organización —sonrió Pandora.

—Entonces, vamos.

—¿Adonde?

—Celebraremos una reunión. No perdamos tiempo, Pandora.

—Entiendo. Vamos.

Pandora se dirigió hacia la salida de la «suite», mientras Cordell apagaba la luz. Poco después, tropezaba con Pandora en la oscuridad. Notó los brazos de ella rodeándole suavemente el cuello.

—Antes quise decirte que sí he conocido el amor, Cordell —

susurró Pandora—. Lo he conocido ahora...

Cordell la besó en los labios, haciéndola callar. Luego, dijo:

—Ya conoces mi coche. Espérame allí.

—Está bien, Cordell.

Y ella salió de la «suite». Cordell quedó en la oscuridad, reflexionando, dando a Pandora tiempo para meterse en el coche. Posiblemente sobrasen aquellas precauciones, pero no había por qué arriesgarse demasiado. Cuando calculó que habían transcurrido cinco minutos, salló de la «suite», y poco después estaba en el vestíbulo del hotel. El ambiente era discreto allí; todo se centraba a aquellas horas en la pérgola y en el jardín que la rodeaba. Música, mujeres bonitas, tipos elegantes, camareros que iban y venían... Cordell echó a andar hacia el «parking».

En aquel momento, observó una extraña maniobra de Pandora. Esta había puesto el coche en marcha, y salió dando marcha hacia atrás, para luego enfilar hacia donde se encontraba Cordell. Éste tuvo que saltar a un lado, y vio el rostro de Pandora, algo contraído, y oyó su voz:

—¡Arriba, Cordell!

La portezuela del coche estaba abierta. Y Cordell, pese a no haber descubierto señal alguna de alarma, optó por obedecer y aprovechó que Pandora redujo ligeramente la velocidad para meterse en el coche, e inmediatamente el vehículo saltó hacia adelante y rodó en dirección a la carretera.

Mirando hacia atrás. Cordell, pudo ver a los dos tipos que habían corrido un poco, desconcertados. Uno de ellos había empuñado una pistola, pero el otro no le dejó disparar. Echaron a correr, y Cordell supuso que iban en busca de un coche.

—A fondo, Pandora —dijo—. Parecen dispuestos a seguirnos.

—No te preocupes.

Pandora condujo el coche en dirección al núcleo de calles del centro; calles estrechas, oscuras, pese a las blancas fachadas. Dos minutos más tarde, frenaba.

—Vamos, Cordell —dijo.

—¿Vas a dejar...?

—Olvida el coche. Les despistaremos mucho mejor a pie.

Pandora presionó con sus dedos en la mano de Cordell Nathan.

Y dijo:

—Por aquí entraremos en el «Café Caribe». Creo que podremos contar con George.

—Está bien.

Penetraron por una portezuela de la parte trasera; por detrás, el «Café Caribe» daba a una callejuela larga y estrecha, que desembocaba en el puerto; una calle sin asfaltar, sin luces. Pandora se orientó sin dificultades, sin necesidad de utilizar luz alguna. Después de un pasillo, tropezaron con una cortina de bambú; la apartaron, y tuvieron acceso a una estancia rústicamente amueblada; una mesa redonda, con tablero de mármol, algunas sillas y un banco adosada a la pared; sobre el banco había algunos viejos cojines de colores. Cordell achicó los ojos al ver aquello, y Pandora sonrió.

—Antes de que George llegara aquí, esto fue un fumadero de opio. George no lo utiliza, desde luego.

—Ya...

—Siéntate. Puedo avisar desde aquí a George. Sólo tengo que oprimir un resorte, y en su mostrador se enciende una luz.

El banco ocultaba el dispositivo, como asimismo un pequeño arsenal, donde había incluso una bomba de plástico.

Pandora fue hacia el banco y lo recorrió ligeramente. A continuación, respingó. Cordell, que la estaba observando, avanzó hacia ella, descubriendo al instante el motivo de la alarma de Pandora; ella estaba rígida; sus dedos apretaban con fuerza un brazo del hombre del F.B.I. Éste se soltó de Pandora, dejando de mirar aquel pie que asomaba por el hueco del banco. Acabó de recorrerlo. Y reconoció al muerto: era el tal George, el tipo de la barra de los reservados. Lo examinó atentamente, y pestañeó al ver que estaba intacto; hasta que descubrió que había muerto de un disparo en la nuca. Un solo disparo, y en la nuca.

Miró a Pandora.

—George habló, Pandora —musitó el agente especial—. Observa el tiro en la nuca; el pago a cualquier traidor de cualquier organización; el pago a cualquiera que habla, a cualquiera que delata.

—Sí... Comprendo mejor ahora que sorprendieran a Jimmy, y que se enterasen del emplazamiento del yate. Pobre George... Mike

Parra le conocía, es claro, y sabía que Jimmy tenía amistad con él... Empezaron por George, y lo están destruyendo todo...

—Bien... Tenemos que salir de aquí, Pandora. Después del fracaso en el puerto y en el hotel, es posible que vuelvan. No perdamos tiempo.

Pandora apagó la luz y agarró una mano de Cordell. Recorrieron aquel camino a la inversa; cuando estaban a punto de salir, Cordell, de un brusco tirón, pegó a Pandora contra la pared del pasillo y, a su vez, hizo lo propio, empuñando su pistola.

La sombra penetró allí, e inmediatamente el brazo izquierdo de Cordell rodeó un cuello humano.

Se percibió un gemido; hubo un forcejeo hasta que se oyó la voz de Paridora, un poco apremiante:

—Suéltale, Cordell; es amigo.

Cordell le soltó. El otro gruñó algo.

—Tib..., ¿qué haces aquí? —inquirió Pandora.

—Lo mismo podría preguntar yo, ¿no? ¿Qué diablos está ocurriendo? Voló el yate, han matado a Jimmy, a Eduardo...

—Y a George —murmuró Pandora—. Supongo que me buscabas para comunicarme algo con respecto a Eduardo.

—Sí...

—De todos modos, antes salgamos de aquí. Esto se ha convertido en un lugar peligroso.

Salieron, en silencio. Luego, caminaron rápidamente, se alejaron de aquella zona. Tib les condujo a un local discreto, donde sólo se bebía, y especialmente ron. Allí no había música, ni espectáculo. Sólo algunos tipos que bebían indiferentemente a todo lo demás. El dueño del local le debía algunos favores a Tib y les metió en el interior, en una pieza reservada. Ellos se sentaron, y aquel tipo volvió con una botella de ron y tres vasos.

Nadie bebió una sola gota.

—Sé que a Eduardo le mataron cerca de la quinta de Yauco; es claro que sólo por eso la Policía no puede acusarle oficialmente; ni nadie. Le rociaron con gasolina, y... Alguien vio correr la llama, a lo lejos, y avisó a la Policía, imaginando lo que ocurría. A Eduardo se le encontró muerto entre unas rocas, cerca del mar; no pudo llegar a él. Por tanto, todo parece confirmar que Yauco es nuestro hombre. En los archivos no hay antecedentes, Pandora.

—Está bien. Ahora, escuchemos a Cordell.

El hombre del F.B.I., sonrió.

—Sólo hay una forma de ganar la batalla —dijo—: eliminar al general enemigo.

—¿Quieres decir que vas a matar a Yauco?

—No... No pienso eso. Se trata, sencillamente, de raptarle.

Tib palideció. Pandora miraba con mucha fijeza a Cordell.

—Cordell..., es una locura —musitó.

—No sé hasta qué punto. De todos modos, voy a intentarlo. Mañana el inspector Wade atacará esa base de los Altos de Villalba; supongo que ya está tomando medidas para hacerlo. Pues bien: esa base carecerá de mando. Y espero que las demás estén en las mismas condiciones. Es claro que nadie aquí está obligado a seguir colaborando con el F.B.I.

Se hizo el silencio.

VIII

ERA un hombre de poco más de cuarenta años, pero su porte, su gesto de cansancio, que quizá era sólo aparente, sumaban diez años a su edad real; además, tenía ya muchas canas, lo mismo en los cabellos que en su perilla y el bigote. Era bajo, delgado, con la frente amplia y despejada. Físicamente, era una deficiente disposición de moléculas. Mentalmente, parecía otra cosa. Sus ojos grandes, negros, redondos, expresaban inteligencia, viveza de pensamiento. Era atildado en el vestir; llevaba un traje oscuro, camisa blanca y corbata de un discreto granate, con filigrana dorada.

Estaba detrás de la mesa de su amplio despacho, lujoso; un lujo discreto; un lujo cómodo también. A su espalda, estaba el gran ventanal que daba a los palmerales; a los picos centrales de la isla. El mar estaba a la izquierda, y desde el ventanal Incluso había visto pasar sus barcos.

Germán Yauco, en aquellos momentos, estaba copiando la clave de los documentos que trajo Utillas desde Nueva York. Y allí estaba la película del microfilm, revelada. Cuando estuvo lista la clave, abrió una carpeta y extrajo un mapa de la isla y lo extendió sobre el escritorio. El estudio del mapa le tenía absorto cuando llamaron a la puerta. Sólo respondió, y levemente, con una palabra seca, cuando llamaron por segunda vez.

Y entró un hombre en la estancia. Yauco le miró.

Con aquellos ojos redondos, inteligentes, cansados.

—¿Qué hay, Younger?

—No parece que las cosas salgan muy bien, señor Yauco. Debimos matar antes al agente del F.B.I. En cuanto a esa organización, Pandora está destruida, pero no sé hasta qué punto. Los dos hombres-rana que llevaron a cabo la operación en el puerto afirman que el hombre del F.B.I., se salvó junto con una mujer.

También fracasaron en el hotel; esa mujer actuó por sorpresa. Es evidente que ese hombre del F.B.I., constituye un peligro para nosotros. Pandora reencontró nuestra pista para él.

—Sí... Vamos a...

En aquel instante, volvían a llamar a la puerta.

Yauco dio permiso, y un tipo con visera penetró en el despacho, con un papel en la mano.

—Acabamos de recibir este mensaje de nuestra emisora de Nueva York, señor Yauco —dijo.

Yauco tomó el papel:

«Adam Kessinger, enlace aquí, detenido por F.B.I., en aeropuerto Kennedy cuando se disponía a volar a San Juan. Lleva algún documento que puede ser revelador para enemigo. El peligro de que hable es casi cierto. Ante emergencia, esta emisora cierra contacto».

Yauco arrugó el papel con sus pequeñas manos; le blanquearon los nudillos. Miró a aquellos dos hombres. Ambos, Younger y el otro, le miraban con respeto, como a un auténtico general, esperando órdenes.

—Transmita inmediatamente la siguiente orden al mando de los Altos de Villalba —dijo Yauco—. Que camuflen la base y se oculten en los refugios. Para dentro de una hora no debe quedar allí el menor rastro. La misma orden a las demás. Comunica con La Habana y ordena que se suspenda, momentáneamente, el suministro. Eso significa una paralización total por ahora. Emergencia hasta nuevo aviso. Es claro que el F.B.I., está prácticamente encima de mi organización, y en absoluto pienso despreciar su fuerza. Por mi parte, tendré que desaparecer. Incluso es posible que me vea obligado a abandonar Puerto Rico. Pero desde el exilio puedo dirigir también cualquier operación.

Los dos hombres no se movían.

—Rápido —dijo Yauco, mirando al de la emisora.

—Sí, señor...

—Younger.

—¿Sí, señor Yauco?

—Tienes hora y media de tiempo para encontrar al agente del F.B.I., y a esa mujer, a Pandora. Sólo capturándoles podemos saber

hasta qué punto está justificada la alarma. A las dos en punto como máximo les quiero aquí; moviliza a nuestra Policía y a una patrulla de comandos. A las dos en punto, ¿de acuerdo?

—Sí, señor...

Younger salió también del despacho. Yauco, entonces, pulsó un botón situado en un pequeño tablero, sobre su escritorio. Inmediatamente, sonó una voz:

—Al habla el capitán Carrasco.

—Tenga preparado un submarino para emergencia. Suspenda maniobras de adiestramiento hasta nueva orden. Sólo una unidad, para mi uso personal, con la mejor dotación de que disponga.

—Está bien, señor Yauco. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Hora y media.

—Bien, señor.

Cortó la comunicación. Luego, quedó inmóvil, con la vista perdida en un rincón del despacho; pareció reaccionar al pasarse la mano por la frente, en un gesto que implicaba cierto agotamiento. Sonrió apagadamente, con cierta amargura, pensando que un buen general tenía la batalla perdida si no contaba con gente capaz a su alrededor. El fallo había empezado en Nueva York, con Utilas. Como consecuencia, fue descubierto Kessinger..., y todo lo demás no es difícil para el F.B.I. Por fortuna, Kessinger no podría dar mucha luz al F.B.I., sobre el asunto, aunque una cosa era cierta: la base de los Altos de Villalba tendría que ser descartada. Las demás, en absoluto. Las demás funcionarían normalmente el día D.

Volvió a pasarse la mano por la frente. Se puso en pie y caminó hacia el ventanal.

Veía las palmeras, a oscuras; las palmeras con las hojas dobladas. Veía el reflejo de la luna sobre el mar... Él, de noche, había visto emerger sus submarinos allí, formando para él... Aquello era su orgullo: submarinos diseñados por él mismo... Luego, sus comandos...

Los necesitaba.

Con las manos detrás de la espalda, se estaba estrujando los dedos. Había algo en lo que no quería pensar: su fracaso personal. No... Era preferible no pensar en eso.

El hombre del F.B.I., contempló su reloj: las doce y cuarenta y cinco minutos; algo más de medianoche. No pudo evitar un gesto

nervioso de su boca. No se le habían ocultado en ningún momento las dificultades que debería superar para penetrar en la quinta y llegar junto a Yauco. De todos modos, observó que la vigilancia no era excesivamente estrecha. Hacía apenas cinco minutos, de la quinta habían salido dos coches negros con gente dentro. Salieron por el sendero central, y un tipo les había abierto la verja de hierro que conducía al exterior, a la carretera.

Luego, tras el corto revuelo que se produjo, volvió la normalidad y el silencio a la quinta.

Cordell Nathan pudo ir aproximándose, y dejó atrás a un centinela. Era evidente que Yauco sabía guardar su propiedad... y su persona, es claro. De todos modos, entre los dos coches que habían salido podían calcularse un total de doce tipos que habían abandonado la quinta, lo cual era, sin duda, una baza en favor de Cordell. Éste había cerrado el cuello de su oscura chaqueta marinera, para que no se viera su polo claro. Tenía el rostro cubierto de sudor, y brillaba, tenso, contraído.

Sonrió levemente pensando que, en todo caso, la entrada le resultaría relativamente fácil. La salida...

Miró de nuevo el reloj y reanudó el avance, procurando no pensar que el tiempo era un enemigo.

Poco después, el edificio de la quinta se ofrecía a él, claramente, en vista panorámica. Un edificio blanco, con arcos, con techo a las cuatro vertientes, rojo, con chimenea cubierta, dos torreones también rojos... Había luz en el edificio. Por lo menos, la había en aquel gran ventanal...

El silencio era allí impresionante; un silencio tranquilo, pero con la amenaza de muerte presente, latiendo ferozmente. Podía surgir de cualquier sitio. Por ejemplo, brotar desde el otro ángulo de la quinta, atravesar el ventanal y mirar hacia el interior, para ver si todo iba bien. Era, precisamente, lo que estaba haciendo aquel tipo; llevaba una carabina con el cañón mirando al suelo, uniforme o ropas oscuras, y una gorra de plato, también oscura.

Pasó de largo y siguió en línea recta, hacia aquella parte del jardín, frondosa y fresca.

Llegó a dos yardas de Cordell. El agente del F.B.I., serena por completo su gris mirada, aguardó unos segundos más. Tenía que elegir el momento justo, o sería un fracaso. Por lo pronto, en lugar

de empuñar la pistola, lo que tenía entre las manos era una rama bastante gruesa, nudosa, fuerte.

El momento.

El centinela estaba pasando junto al árbol donde se encontraba oculto Cordell. Éste realizó los movimientos precisos, estudiados y calculados en pocos segundos. El centinela, en menos de dos segundos, se encontró con la espalda pegada al tronco del árbol, y el cuello aprisionado por la rama, y también la coronilla pegada al árbol. Por detrás, con cada extremo de la rama en la mano correspondiente, Cordell apoyó un pie en el tronco del árbol y tiró con todas sus fuerzas de la rama.

Oyó el chasquido.

Soltó la rama, y un segundo después observaba el cuello roto del tipo. Lo arrastró hacia un lugar oscuro y tupido; luego, se puso la gorra de plato y tomó la carabina, adoptando la misma actitud de aquel hombre. Caminó lentamente, hacia la ventana. Pasó por delante, como antes hizo el centinela, mirando desesperadamente hacia el interior.

Vio a Yauco. Y Yauco le vio a él, pero, al parecer, no descubrió el cambio. Yauco, en aquellos momentos, estaba pegado a los cristales, sin duda esperando nerviosamente noticias.

Cordell siguió con la ronda y, poco después, estaba buscando un lugar por donde penetrar en aquel despacho.

La carbonera.

Y siguió encontrando facilidades para encerrarse en la trampa. No tropezó con nadie mientras se orientaba en el interior de la quinta. Tib le había proporcionado algunos datos, que creía recordar de cierta oportunidad en que estuvo allí dentro, por algo relacionado con la vigilancia en el puerto de los barcos de Yauco, con respecto a los negocios de éste como armador. De todos modos, los datos de Tib no servían de gran cosa...

Mientras avanzaba, un par de veces oyó pasos, que luego desaparecían.

Era algo más de la una cuando estaba frente a la puerta del despacho de Yauco.

Respiró hondo. Inmediatamente, abrió la puerta y se coló en el interior del despacho, para cerrar al instante, cuando ya su Luger apuntaba al pecho de Yauco, que había girado y le miraba con

espanto en sus ojos redondos, negros, cansados... Cordell hizo una seña fácil de comprender: que Yauco se apartara de la ventana. Aquel hombre obedeció, retirándose a un ángulo desde el que no podía ser visto desde el exterior.

Cordell se acercó a él.

—Diga por dónde podemos salir de aquí —ordenó, secamente.

—¿Salir?

—Usted y yo.

Yauco sonrió, un poco sorprendido.

—Usted es el agente del F.B.I., ¿no es cierto?

—Agente del F.B.I., sí. Naturalmente, usted puede entregarse ahora pacíficamente y salir de aquí, conmigo, sin que nadie nos moleste. Usted será Juzgado. Eso es lo que le puedo prometer. En otro caso, puede ofrecer dificultades, y entonces es seguro que usted no sale de aquí vivo, Yauco. Elija.

—Trataré de crearle dificultades, Thorne... ¿No se llama así?

—Eso no importa. No se mueva.

Cordell retrocedió hacia el escritorio de Yauco. Tras un breve vistazo, reconoció todo aquello que él había tenido entre las manos, y que posteriormente fue arrebatado a los cadáveres de Herb y de Utilas. Con la mano izquierda fue tomando todos los documentos y los guardó en los profundos bolsillos de su chaqueta marinera.

Yauco, por su parte, se había acercado ligeramente y parecía dispuesto a apoyarse en la mesa. Cordell le asestó un revés con la mano izquierda, obligándole a retroceder de nuevo.

—No toque nada. Es cierto que prefiero sacarle de aquí con vida, pero al menor síntoma de que peligre la mía le destrozaré, Yauco. ¿No tiene ya bastante con lo que ha hecho? Usted pretende desencadenar una guerra, ¿no? Es claro que conozco lo de sus bases; con exactitud las de los Altos de Villalba. Las otras..., usted nos hablará de eso, ¿no es así?

—Primero tendrá que sacarme de aquí con vida, Thorne.

—Lo procuraré.

Miró de nuevo la hora. La una y veinte.

—Vamos, salgamos de aquí —dijo Cordell.

—¿Hacia dónde? ¿Está loco? ¿Cree que podrá dar media docena de pasos sin ser descubierto? ¿Por dónde piensa salir?

—Eso es cosa mía, Yauco. Andando.

—Bien...

—Abra usted la puerta y salga primero. ¿Dónde está su habitación particular?

—Arriba.

—Perfecto. Camine hacia las escaleras; como si tuviera intención de dirigirse a su cuarto. Yo le sigo a una yarda, como si estuviera obedeciendo órdenes de usted. Por si nos ve alguien. Recuerde: su vida depende de lo asustadizo que yo sea. Abra y salga, vamos.

Yauco echó a andar hacia la puerta; abrió y miró al exterior. El tipo estaba pálido; no había nadie allí... Ya Cordell estaba detrás de él y le empujó con el cañón de la pistola. Atravesaron el vestíbulo y luego ganaban las escaleras. Yauco subía lentamente, con Cordell detrás. Llegaron al rellano. Yauco señaló con un dedo la puerta que daba a su cuarto. Cordell miró en torno.

—¿Y ésas? —musitó.

Yauco se pasó la lengua por los labios.

—Conducen a los torreones, por medio de una escalerilla —musitó.

—Bien..., vaya hacia allí.

Y entonces Cordell adivinó la intención de Yauco de rebelarse, de gritar. Y actuó rápida, eficazmente, golpeando con el cañón de la pistola en la frente de Yauco. Antes de que se desplomara, Cordell le agarró con el brazo izquierdo, dando gracias a Dios por la escasa corpulencia de Yauco. Se inclinó, apoyó el hombro izquierdo en el estómago de Yauco y cargó con él. Luego, se deslizó hacia una de las puertas que conducía a los torreones. La abrió y cerró de nuevo rápidamente, quedando completamente a oscuras, cargado con Yauco, y el sudor brotando a chorros por todos sus poros. Tuvo que aguardar un par de minutos, lo cual se le antojó al agente del F.B.I., como una eternidad de espera. Ya veía algo; algunos contornos. Las escaleras. Subió, lentamente, procurando no producir ruido. Poco más tarde, llegaba al final del tramo, y allí la puerta del torreón.

Abrió.

El aire caliente le dio en el rostro. Pasó al pequeño torreón, que era, en realidad, una especie de garita, con el techo puntiagudo, sostenido por cuatro columnas redondas. Depositó a Yauco en tierra y respiró hondo varias veces, normalizando la respiración.

Se arrodilló junto a Yauco y echó un vistazo a todo cuanto desde

allí podía abarcarse. La quinta parecía inofensiva desde allí. Claro que las bases debían estar lo suficientemente lejos... Allí, en opinión de Cordell, sólo había policía personal de Yauco. Lo demostraban aquellos dos coches que salieron llenos de gente.

No se había producido la menor reacción en la quinta.

Las dos menos cuarto.

Yauco recobró entonces el conocimiento.

Gemía.

Cordell le rodeó el cuello con sus dedos.

—Cállese. Cállese ahora...—dijo, tenso, señalándole los dientes—. Le arrojaré de cabeza al suelo si despega los labios.

EL corazón de Cordell latía violentamente, con fuertes zumbidos. Sístole, diástole... ¡Zum, zum, zum; zum...!

—¿Oye? —inquirió luego.

Yauco estaba lívido.

—Ni así le puede salir bien, es..., es absurdo... —jadeó Yauco.

—Tal vez. De todos modos, triunfe yo o no, usted despídase de todo, Yauco. Diga, ¿qué harán los demás sin usted?

—Tendrán otro jefe.

—No... En absoluto. Jefe, ¿para qué? Mañana todo será arrasado, Yauco. Aquí, en adelante, sólo habrá escombros y ratas. Lo mismo en su base de los Altos de Villalba. Aquí sólo realizará su operación el F.B.I., en compañía del Ejército. Usted dirá dónde están sus comandos y, probablemente, otras unidades de combate. Tendrá que decir muchas cosas, Yauco. ¿Sabe que al hombre de Nueva York le ha detenido el F.B.I.?

—Sí...—musitó, débilmente, Yauco.

—¿Cree aún que puede defender su posición?

—Espero que sí...

—¿Cómo? ¿Con qué más cuenta? Casi no sabemos nada de usted, Yauco. Y..., es curioso: casi sin saber nada, es suficiente para condenarle a muerte. ¿Qué es lo que usted estaba haciendo?

—No...

—Calle. Vamos a actuar de nuevo, Yauco. ¿Oye bien el helicóptero? Vienen a por mí... Y le voy a confesar algo: jamás he pasado tanto miedo en mi vida. Ese helicóptero sólo dará una pasada. ¿Comprende? Sólo una. Yo, de no estar aquí, no hubiese salido jamás con vida... La razón de que sólo den una pasada es

clara: ustedes pueden derribarle tras los primeros momentos de desconcierto. Porque ustedes se desconcertarán ahora. No saben si el helicóptero es amigo o enemigo... Espero, por la vida de todos, que se den cuenta tarde de la maniobra de Pandora. Oiga..., quiero que sepa esto: culpe de su derrota a Pandora.

Yauco no respondió. El helicóptero se estaba acercando rápidamente a la quinta, volando a escasa altura, de modo que apenas podía pasar por encima de los torreones. Desde su posición, Cordell extrajo un llavero, convertible en ganzúa y linterna, y dio una rápida y brevísima señal; pareció que el helicóptero cobraba alegría, y se lanzó recto hacia el techo de la quinta, produciendo ya un fuerte ruido, que estaba llamando la atención abajo.

Cordell empujó a Yauco hacia el exterior del torreón, sobre las tejas rojas, cuando el helicóptero descendía, desplazando fuertemente el aire. Cordell también había salido del torreón, y obligó a Yauco a agarrarse a la escala tendida. Luego, lo hizo él, con fuerza. El helicóptero empezó a ganar altura, en el instante en que Yauco, atrapado por Tib, era introducido en la cabina, y cuando Cordell aún se balanceaba en la escala, subiendo.

Apareció entonces el foco.

Potentísimo.

El helicóptero quedó claramente al descubierto, y Cordell colgando en el vacío, aún por encima del tejado.

Tib gritó:

—¡Por Dios, maniobra rápido, Pandora...! ¡No tardarán en empezar a ametrallarnos...!

Pandora elevó más el helicóptero y, angustiada, miró a Cordell, quien, por fin, estaba agarrado a la cabina. Tib le ayudó a colarse en el interior, y luego ambos, con sendas metralletas, y tras una breve orden a Pandora, dieron una pasada, ametrallando el foco, tirando contra algunos tipos que habían aparecido, desconcertados, al descubierto. Las balas barrieron a aquellos tipos y destrozaron la luz. Luego, el helicóptero siguió su camino, observando, por la carretera, el regreso de los dos coches de gente de Yauco que, es claro, regresaban de vacío a la quinta.

Hasta que el helicóptero se adentró en el mar y luego fue describiendo un semicírculo, acercándose a la costa, lejos de cualquier amenaza.

En el helicóptero nadie hablaba.

Yauco aún no podía creer lo ocurrido. Era... increíble; una pesadilla absurda. Sólo dos hombres y una mujer le habían sacado de su cuartel general... A él; al amo de las bases, de una docena de submarinos, el jefe de destacados elementos militares...

—Allí —dijo Pandora.

Sí: una luz roja en el mar, como a quinientas yardas de la costa y a cinco aproximadamente de Punta Hormigueros. El helicóptero fue perdiendo altura y velocidad, aproximándose rápidamente a aquella luz roja. Luego, fueron identificando la lancha con motor fuera de borda, que estaba gobernada por un colaborador de Tib en algunas misiones policiales. El hombre agitó la luz roja.

Todo bien. El helicóptero fue descendiendo. Se tendió la escala.

Abajo, el de la lancha, en pie, esperaba, soportando el viento que desplazaba el helicóptero, y mirando a toda aquella gente.

Tib miró a Cordell. Durante varios segundos, con fijeza, en silencio.

—Nathan..., no sé si es usted un loco o un héroe. Diablos..., yo no lo hubiese hecho... De todos modos, le felicito.

—Vamos, salte ya —gruñó Cordell.

Tib hizo una seña a Pandora.

—Mañana estaré de regreso, Tib —dijo Pandora—. Creo que tendremos que volver a empezar.

Tib sonrió enigmáticamente. No despegó los labios. Un instante después, estaba en la lancha. Y agitaba los brazos, despidiéndose. La lancha salió lanzada hacia Punta Hormigueros, donde Tib daría cuenta a la Patrulla de Tráfico del uso dado al helicóptero. Luego, estarían pegados a las radios, puesto que en breve lloverían instrucciones y órdenes desde San Juan, la capital. Hacia San Juan volaba el helicóptero.

Cordell, mientras Pandora gobernaba el helicóptero, se dedicó a intentar comunicar por radio con el inspector Wade. La onda normal tenía algunas dificultades para una comunicación rápida, pero lo consiguió:

—Nathan al habla... ¿Escucha, señor? Cambio.

—Te oiga, Nathan. ¿Dónde estás? ¿Cómo es posible esta comunicación? Cambio.

—Estoy a bordo de un helicóptero, rumbo a San Juan. Me

acompañan Pandora y Yauco. Espero recibimiento en la base de Marina, señor. Tardaremos, calculo, tres horas. Mientras, vaya disponiendo órdenes para un ataque a fondo. Para cuando lleguemos, Yauco habrá reflexionado y sabremos hacia dónde dirigir el fuego exactamente, aparte de la base de los Altos de Villalba; a ese respecto, yo no perdería el tiempo, señor. Ordene ahora mismo el ataque. Posiblemente estén en plena labor de camuflaje, y los hombres se ocultarán. Cambio.

—Pero..., ¿QUE TIENES A YAUCO? Nathan... Está bien. Vamos a actuar inmediatamente. Tendrás recibimiento en la Base Naval. Cambio.

—Gracias, señor. Cambio y fuera.

Cordell sonrió cansadamente. Pandora se volvió un poco y le sonrió a su vez.

Luego, el hombre del F.B.I., aún con su aspecto de «*play-boy*», miró a Yauco, que parecía hundido.

—Tengo tres horas por delante, Yauco. Espero que sea tiempo suficiente para que reflexione. Sepa una cosa: no me importará torturarlo aquí mismo. A mí no me importa lo que sea, cuando se trata de mi país. Por eso soy agente del F.B.I. Usted es traidor, saboteador y espía. Tres cargos graves. ¿No quiere enmendar un poco sus errores?

Yauco miró tristemente a hombre del F.B.I.

—La suerte está echada —dijo—. Yo he podido fracasar; ustedes destruirán mis bases, pero seré sustituido...

—No en Puerto Rico, Yauco. Por el momento, Puerto Rico sigue siendo un Estado libre, asociado a Estados Unidos. Y lo será mientras el pueblo no decida lo contrario; próximamente lo sabremos. De todos modos, no se hagan ilusiones los comunistas. Jamás pisarán este suelo. ¿De quién depende usted, Yauco?

—De mí. He gastado casi todo mi dinero en esto. Es claro que he recibido importante ayuda de Cuba.

—¿Qué clase de ayuda?

—Hombres, armas...

—Especifique, Yauco.

—Sí... No ignoro que mi silencio sería inútil. Ustedes están lanzados hacia el triunfo, pero una cosa es segura: no destruirán todo lo que ha entrado en Puerto Rico por mi mediación; quedará

por lo menos la semilla. Todo empezó en Nueva York durante mi segunda estancia en la ciudad, hace tres años. Allí tropecé con gente de mis ideas, y formé un grupo de protección y ayuda a elementos castristas con misiones de subversión en Estados Unidos. Mi grupo fue adquiriendo importancia, y tuve incluso contactos secretos con hombres fuertes del régimen de Castro. Hablamos de Puerto Rico. Bien..., mis planes fueron aprobados. El servicio secreto cubano estaba a mi lado.

Cordell apretó los labios.

—Siga, Yauco, eso es muy instructivo.

—Decidí trasladarme a Puerto Rico, para trabajar desde aquí. Dejé la organización en marcha. Y empecé a trabajar aquí. Como primera medida, diseñé unos submarinos de bolsillo que hacía tiempo tenía en mente. Usted ya conoce mi profesión.

—Sí...

—Realicé los diseños, y encargué la construcción a Cuba. Pagué yo; una fortuna..., pero no me importaba. Luego, fuimos haciendo lo demás; me prestaron especialistas submarinos; hombres valientes, diestros. Ésos habían de ser instructores en mi base de submarinos, al mando del capitán Carrasco, cubano.

—¿Dónde está esa base, Yauco?

—En Cabo Rojo, a doce millas de Punta Hormigueros, al sudoeste. Se han adiestrado allí doce dotaciones completas, de seis hombres cada una, que están preparados para intervenir en cualquier momento.

—Intervenir..., ¿en qué sentido?

—Bien... Se aproxima la fecha de decidir sobre Puerto Rico. Para esas fechas, mis comandos, los hombres preparados con las técnicas de los «marines» U.S.A., y los submarinos empezarán su labor de sabotaje y subversión. Mayagüez puede caer en mis manos...

—Hubiera podido ser, Yauco. Ya no... Ya no, ¿entiende? —masculó Cordell.

—Bien...

—¿O aún conserva esperanzas?

—No sé...

—Prosiga.

—Ya lo he dicho. Mayagüez caería en mis manos en una hora.

—¿Dónde está la base de comandos?

—En Punta Hormigueros. A media milla de mi quinta.

—Ya... ¿Sólo Mayagüez?

—Y..., y San Juan.

—¿Podían realizar un ataque simultáneo? ¿Tanta es su potencia?

—Para San Juan destinábamos un proyectil nuclear de media potencia...—susurró Yauco.

Las dos manos de Cordell se engarfiaron sobre la chaqueta de Yauco. El agente especial guiñaba los ojos, loco de ira.

—Pero... ¿qué clase de monstruo es usted? Diga, responda a eso. ¿Usted hubiese lanzado un proyectil nuclear sobre San Juan...? ¿Usted hubiera hecho eso...?

—No, no... Juro que no. En realidad, sólo lo hubiese mostrado como una amenaza al actual Gobierno... Para que abandonaran el poder, para que dejaran al pueblo sin timón; yo hubiese hecho mi propaganda. El proyectil era sólo para amenazar... Para que San Juan se rindiera. Y con Mayagüez en mi poder, era cuestión de horas que Puerto Rico tuviera el Gobierno que yo deseo...

—¿Que usted desea! ¿Ha pensado en los demás?

—Esos «demás» sólo saben ser conducidos...

—Está bien. Callase ya, Yauco. Usted es un perro, un asesino loco, monstruoso... Me gustaría, al menos, saber con seguridad que usted no habría disparado ese proyectil. ¿De dónde lo sacó? De Cuba, claro... Todo estaba perfectamente preparado, sí... Una invasión de «marines» y comandos; vigilancia de submarinos, con ataques a la Base Naval de aquí, y la amenaza del proyectil. Y todo, antes de que alguien hubiese podido tan siquiera mover un dedo para comunicar a Washington lo que estaba ocurriendo. Genial, Yauco.

—Pero..., ¿qué cree usted, imbécil? —Se revolvió Yauco—. ¿Usted qué diablos sabe? ¿Qué es usted? En primer lugar, un idiota afortunado. Pero... lo que usted ha hecho es cosa de mentes insensatas... Usted sólo es un imbécil con suerte, sí... ¡Agente del F.B.I.! Perfecta recomendación. ¿Se creen los amos? Yo le garantizo que en lo sucesivo sólo habrá un amo para todos...

Cordell le pegó.

Un puñetazo en plena boca.

Para acallar al monstruo.

Y le partió los labios. Yauco, intensamente pálido, estaba muy quieto y callado en aquellos instantes, dejando correr la sangre por su perilla cana.

Mirándole, Cordell pestañeó. En realidad, sólo le había pegado a un loco...

Pandora había vuelto la cabeza, y le estaba mirando.

Le suplicaba algo; quizá serenidad.

Y Cordell hizo un gesto afirmativo. Dijo:

—Voy a comunicar al inspector Wade la situación exacta del resto de las bases. No hay por qué esperar a nuestra llegada a San Juan.

Tomó la radio y buscó comunicación. Aquella vez, avisados ya los servicios de radio de San Juan, la conexión fue mucho más rápida y la voz del inspector Wade llegó inmediatamente, agitada, nerviosa, a oídos de Cordell:

—Sí, Nathan. ¿Algo nuevo? Cambio.

—Voy a informar con detalle del emplazamiento del resto de las bases. Se puede realizar una operación simultánea contra las tres que existen, para antes del amanecer, señor. Base de infantería: los Altos de Villalba. Base de comandos: Punta Hormigueros. Base de submarinos: Cabo Rojo, a doce millas de Punta Hormigueros. La base de submarinos consta de doce unidades de bolsillo, con seis hombres por dotación al mando del capitán cubano Carrasco. Cambio.

—Todo comprendido, Nathan. ¿Novedades de vuelo? Cambio.

—Ninguna, señor. Todo discurre perfectamente. Sólo que empiezo a pensar que Pandora está muy cansada. Cambio.

—Es de acero, Nathan. Cuídala. Cambio.

—Más que a mí mismo, señor. Cambio y fuera.

Listo.

Todo hecho. Absolutamente todo.

Cordell cerró los ojos un instante y relajó la mente. Era hermoso no pensar en nada. Poder permitirse el lujo de no pensar significaba algo, sí... Se estremeció, sin embargo, cuando su cerebro, aunque involuntariamente, registró machaconamente la confesión de Yauco, especialmente en lo relativo al proyectil nuclear de media potencia. ¿Media potencia? Eso significaba, cuando menos, la destrucción de media ciudad de San Juan. Una bella ciudad...

Abrió los ojos.

—Pandora —llamó.

—Sí, Cordell.

—Voy a relevarte.

—Oh, no es...

—Por favor...

—Está bien. Es... la verdad —sonrió ella—. Pese a mi fortaleza, noto que me estoy agotando. Quedan aún dos horas y media de vuelo.

—Vamos, cédeme los mandos.

—Puedes saltar, Cordell.

Se efectuó el relevo rápidamente. Pandora, con su juvenil agilidad, mostrando buena parte de sus piernas al saltar a la cabina trasera, a causa de su graciosa minifalda, quedó relajada en el asiento, mientras Cordell le ponía la automática en la mano y se ocupaba de los mandos. El helicóptero pareció cobrar nuevos bríos y, siempre por encima de los picos centrales, siguió rumbo a San Juan.

—Pandora.

—¿S-sí...?

—No puedes dormirte ahora. —No, no... No...

IX

FALTABA una hora de vuelo para llegar a la pista de la Base Naval de San Juan. Todo era normal. Incluso, al parecer, Yauco se había dormido. Hacía mucho rato que llevaba la perilla pegada al pecho. Pandora daba cabezadas; muchas veces había alzado el rostro, sobresaltada, y cada vez se encontraba con la mirada y la sonrisa de Cordell, que se volvía a oír el menor movimiento.

Ocurría algo, sin embargo: Yauco no estaba dormido. En absoluto. Su mente trabajaba a presión, en espera de una oportunidad. Aquella automática que Pandora empuñaba con flojedad, débilmente, podía ser, por lo menos, su base para la salvación personal. Huiría a Cuba y reorganizaría los servicios que consiguieran salvarse. Y aunque no consiguiera nada de eso, ¿acaso su vida no valía la pena? Tendría que decidirse.

La pistola estaba a su alcance, prácticamente. Sólo tenía que alargar la diestra y apretar la muñeca de Pandora para que la automática quedara entre sus dedos. Bastaba aquello: una simple presión. Todo en unos segundos, mientras Cordell Nathan seguía atento a los mandos del helicóptero, que estaba salvando la cadena montañosa de la isla para, dentro de pocos minutos, situarse en los llanos, en los palmerales, bajo la luna tropical. Se vería ya el mar, a lo lejos, con su brillo; se verían buques, con sus luces de situación...

De una vez, o nunca.

Ya... ¡Ya!

Alargó la mano y tocó el acero.

Cuando quiso hacer presión, Pandora gritó.

Cordell se revolvió inmediatamente, y con la mano izquierda empujó a Yauco, desplazándole ligeramente, mientras Pandora luchaba por recuperar el arma. Yauco, pese a su debilidad física, luchó. Luchó hasta que se produjo una detonación.

La bala se clavó en un hombro de Yauco y le tiró de costado,

hacia la abertura de la cabina. El tipo, luego, gritó, pretendiendo abalanzarse contra Pandora para recuperar el arma, pero la segunda bala le partió el esternón. Y salió hacia atrás. El final de su espalda tocó el borde de la cabina, y por unos instantes pareció que iba a caer desplomado al interior del helicóptero. Sin embargo, ocurrió algo imprevisto; venció el impulso que llevaba su cuerpo, y desapareció.

Sencillamente: desapareció.

Se oía algo parecido a un grito.

No..., un grito no es la palabra exacta... Era otra cosa... Difícil de describir es aquel quejido de terror, ya en compañía de la muerte...

Algo que se iba apagando, hasta perderse, para dejar ecos en los oídos de Cordell y Pandora.

Algo que tenía a Pandora con los ojos muy abiertos, mirando al oscuro vacío. Algo que hacía fruncir con fuerza el ceño de Cordell Nathan...

Luego, nada.

Absolutamente nada, aparte del ruido del motor del helicóptero, que seguía su marcha, inmutable.

Cordell notó la frente húmeda.

—Dios... ¿Estás bien, Pandora?

—Creo..., creo que sí...

—Descansa ahora, ¿quieres?

—No sé...

—Cálmate. Salta aquí. Y duerme. O, por lo menos, no pienses. Hemos salvado algo muy importante, querida. Después de todo, la vida de Yauco ya no era importante para nadie. Ni siquiera para mí mismo. Ha terminado su locura..., y, ¿sabes?, estoy pensando que ojalá se haya equivocado, y no sea cierto que queda la semilla.

Pandora ya estaba junto al hombre del F.B.I. Apoyó la cabeza en un hombro de Cordell. Y sonrió, con los ojos cerrados.

—Cordell...

—¿Sí?

—Pienso que más que nunca debo estar aquí, con los ojos bien abiertos...

—Pero... esto no es misión tuya, Pandora. No, no... No lo es en modo alguno. Estamos los demás. El F.B.I. Yo. Muchos como yo. Es

cierto que el éxito lo debo, lo debemos a ti, pero... Ésta ha sido la Operación Pandora, sí, de acuerdo, pero... ¿No puedes pensar en otras cosas? Algo más... agradable, más dulce. ¿Piensas que algún hombre como yo puede necesitarte?

—¿Para qué, Cordell? —musitó ella.

—¡Para qué! Para todo. Para vivir.

—¿No podrías vivir sin mí?

—No. ¡No, no, no!

—Yo..., yo no puedo dejar las cosas así, Cordell...

—¿No me amas?

—Creo que sí...

—¿Crees?

—Yo... espero que sea en verdad amor, Cordell. Lo deseo también, pero algo me empuja a seguir aquí, luchando. Ojalá lo comprendas. Quiero seguir en la lucha... Tengo la necesidad de seguir.

Cordell Nathan se humedeció los labios.

—Está bien, Pandora.

Les estaban haciendo señales en la pista. Cordell Nathan manejó fácilmente el helicóptero, y sólo diez minutos más tarde se posaba en tierra, con los motores silenciosos. Había gente allí esperándoles. Entre ellos, un coche de servicio del F.B.I. El inspector Wade fue el primero que corrió hacia el helicóptero, observando que sólo bajaban Cordell y Pandora.

Ambos pálidos, con gesto de cansancio.

El inspector Wade acarició el rostro de Pandora, la cual le dirigió una sonrisa y estrechó la mano de Cordell Nathan. Luego, inquirió:

—¿Y Yauco?

—Eliigió por sí mismo —murmuró Nathan.

—¿Eliigió...?

—Lo ocurrido fue, en realidad, un accidente. Por supuesto, nadie deberá molestarse en buscar el cadáver. Es imposible señalar, ni siquiera aproximadamente, el lugar donde se encuentra ahora. De todos modos, dijo cuanto necesitábamos saber. ¿Qué hay de los preparativos?

Wade sonrió levemente.

—¿Preparativos? —inquirió.

—Bueno..., creí que aprovecharía los datos para...

—Vamos, vamos, Nathan... Sólo hace dos minutos tenemos el primer parte del ataque en la base de los Altos de Villalba. Y no tardaremos en recibir información radiada de cómo va todo lo demás. Por otra parte, la Policía de Mayagüez está colaborando, y la quinta de Yauco es coto nuestro en estos momento... Ha sido un trabajo... increíble... Un trabajo...

—Es cosa de Pandora, señor.

—Sí...

—Estamos muy cansados.

—Oh, perdona, Nathan, maldita sea mi estampa...

El inspector Wade se alejó un poco de Cordell y Pandora, y gritó unas órdenes. Inmediatamente, el coche del F.B.I., con un agente especial al volante, pasó a disposición de Cordell y Pandora, quienes se metieron en el vehículo. Y... era obligado corresponder con sendas sonrisas a la mirada de admiración al joven agente especial que estaba al volante.

Luego, el coche empezó a rodar.

—Les dejaré en la residencia y volveré aquí, Nathan —dijo el agente del F.B.I.—. Eh..., esto ha sido fenómeno, Nathan... Algún día yo... Algún día... Sí, estoy seguro...

Y el coche volaba, o lo parecía, hacia San Juan.

Pandora había apoyado la cabeza en el hombro derecho de Cordell, y éste miró aquel cabello largo, liso, brillante... Lo acarició tan suavemente que Pandora ni se dio cuenta. Lo acarició con cierto temblor en su mano. ¿Pandora se quedaba? La operación había salido bien. Un triunfo indiscutible, pero... ¿y lo demás?

Cordell Nathan sonrió con amargura.

Algo falla siempre; algo.

A veces, lo que va a costar más dolor...

Parpadeó.

Había allí un chico con el uniforme del Ejército. Pero... Oh, sí: les acomodaron en la residencia de oficiales de San Juan. Lo recordaba muy bien. Y el recluta estaba allí, mirándole como a monstruo de oro, o algo así.

—¿Qué hora es? —Gruñó Nathan.

—Las diez, señor Nathan.

—¡Las diez! ¡Mi ropa!

—Sí, señor... Oiga..., ¿no quiere desayunar aquí?

—¿De qué está hablando? Vamos, vamos, la ropa, y ordena, mientras, que me pasen comunicación con el inspector Wade... Eh, otra cosa: localiza a Pandora y pásale el recado: quiero verla dentro de quince minutos.

—Lo siento, señor. Pandora se marchó.

Cordell Nathan se humedeció los labios.

—No, no... Estás equivocado —dijo—. Ella...

—Se marchó, señor Nathan. A las siete en punto, en un vuelo por línea civil, hacia Mayagüez.

Cordell cerró los ojos.

—Dime..., ¿dejó algo para mí?

—No, señor Nathan. Lo siento.

—Está bien... Haz lo que te he dicho.

El recluta salió del cuarto, y Cordell, lentamente, deprimido de un modo extraño, se incorporó del lecho y puso los pies sobre la alfombra que había junto a la cama. Cerró los ojos. Ante él estallaban muchas imágenes, confusas. Sangre, muertos, lucha... Y un rostro. Un rostro sonriente; dulce sonrisa la de aquel rostro; dulce sonrisa, dulces labios... Y amargo amor...

Se había ido...

El teléfono.

Lo tomó rápidamente.

—Nathan al habla —dijo.

—Atiende, Nathan: la operación Pandora ha sido un éxito completo. Faltan algunos detalles, pero ha sido algo sensacional.

—¿Sí?

—Eh... ¿qué te ocurre ahora? Vas a tener un magnífico informe en la mano para cuando regreses a Nueva York...

—Gracias, señor.

—Pero, Nathan, ¿qué significa...?

Cordell colgó.

¡Todo al diablo!

¡Todo!

Él..., él: elegido como «*play-boy*», como tipo guapo, como hombre interesante, como agente especial de hierro, allí estaba, hecho una piltrafa, porque una mocosa le había dejado... ¡Todo al cuerno! ¡Todo! Ojalá no hubiese existido Yauco. ¿Para qué había

nacido aquel puerco? ¿Para qué? Bien..., ya estaba en el infierno. Ya no huiría; ya no tendría más sueños. Porque todo habían sido sueños..., sueños de aquel loco...

Se abrió la puerta.

—Su ropa, señor Nathan. ¿Recibió la comunica...?

—Sí. Anda, lárgate.

El chico enrojeció.

—Perdona, muchacho —gruñó Cordell—. ¿Puedes hacer algo por mí?

—Con mucho gusto.

—Gracias... Se trata sólo de reservar para mí un pasaje en el primer vuelo de hoy hacia Nueva York.

El muchacho, un poco sorprendido, asintió con la cabeza.

—Lo haré, señor Nathan —dijo.

Regresaba de un cinematógrafo de la calle Cuarenta. En Nueva York estaba lloviendo. Siempre llovía, o hacía frío, o nevaba, en aquella estúpida ciudad de las grandes torres. Cordell Nathan, con el gabán ceñido, bien calado el sombrero y las manos en los bolsillos, caminaba hacia su apartamento, en la Tercera Avenida, cerca de la Estación Central.

Solo.

Sólo con aquellos recuerdos, tan vivos en su mente como el primer día. Más vivos, en realidad... mucho más.

Se mojaba. ¿Y qué diablos importaba eso? Aquello le refrescaba un poco. Había ido al cine, sí... ¿Qué diablos había visto? Bah... Lo mismo daba.

Allí, en aquel estúpido edificio estaba su apartamento. Bueno..., no debía quejarse; el apartamento era pequeño, pero se estaba bien. Cuando salía el sol en Nueva York, él tenía un poquito. Pero tan sólo...

Se metió en el edificio. Ascensor, tercer piso.

Allí vivía él.

Salió del ascensor y se encaminó hacia la puerta de su apartamento. Respingó. Allí, en las escaleras, sentado en los peldaños, había alguien. Alguien que se estaba moviendo en aquellos momentos. La luz de la linterna de Cordell le dio de lleno en el rostro.

Luego...

—¿No..., no vas a decirme nada, Cordell?

Aquel miserable nudo en la garganta...

—Por favor..., ¿no me recuerdas? Soy yo: Pandora. Cordell..., ¿por qué te quedas así?

Silencio.

¿Por qué temblaba aquella luz?

—Cordell..., he vuelto por..., por si quieres que estemos juntos para siempre... intenté reorganizarme en Mayagüez, pero... noté algo extraño; me faltaba convicción, ilusión... Me di cuenta, por fin, de que nada tenía que hacer allí... Yo..., yo creo que lo que necesito es estar a tu lado... ¿¡No vas a decirme nada!?

—E-eres tú...

Ella se mordía los labios.

—¿Has pensado de veras que no te recordaba? Pandora..., ven. Ven aquí. Acércate.

Ella dio dos pasos.

Allí, en el rellano.

Frente a él.

Cordell la tocó; el rostro, el cuello. Otra vez el rostro; los cabellos.

Ella, con un gabán que cubría su minifalda, con el cabello negro y liso, oculto en parte por un gracioso casquete. Ella, con los ojos redondeados, azules, luminosos; ella allí...

—Estás extraño, Cordell...

—¡¿Extraño?! Es-estoy extraño, ¿eh?

—No sé...

La llave; abrió la puerta. Agarró a Pandora por un brazo. La introdujo en el apartamento y luego encendió la luz, tras cerrar la puerta. La miraba a los ojos, a los labios. La miraba intensamente, con un brillo increíble en aquellas pupilas grises, que alguna vez parecían de frío plomo.

—Si supieras..., si supieras, Pandora...

Habría tiempo para hablar.

Por lo pronto..., el amor. Amor en silencio; un poquito. Habría tiempo para todo.

AGENTE FEDERAL

LOS G-MEN

Una justicia

Una Ley

contra

el

delito



Es, naturalmente,
una publicación de
EDITORIAL ROLLÁN, S.A.
Amaro García, 17 • Madrid-5



PRECIO DE ESTE VOLUMEN **10** Pesetas

